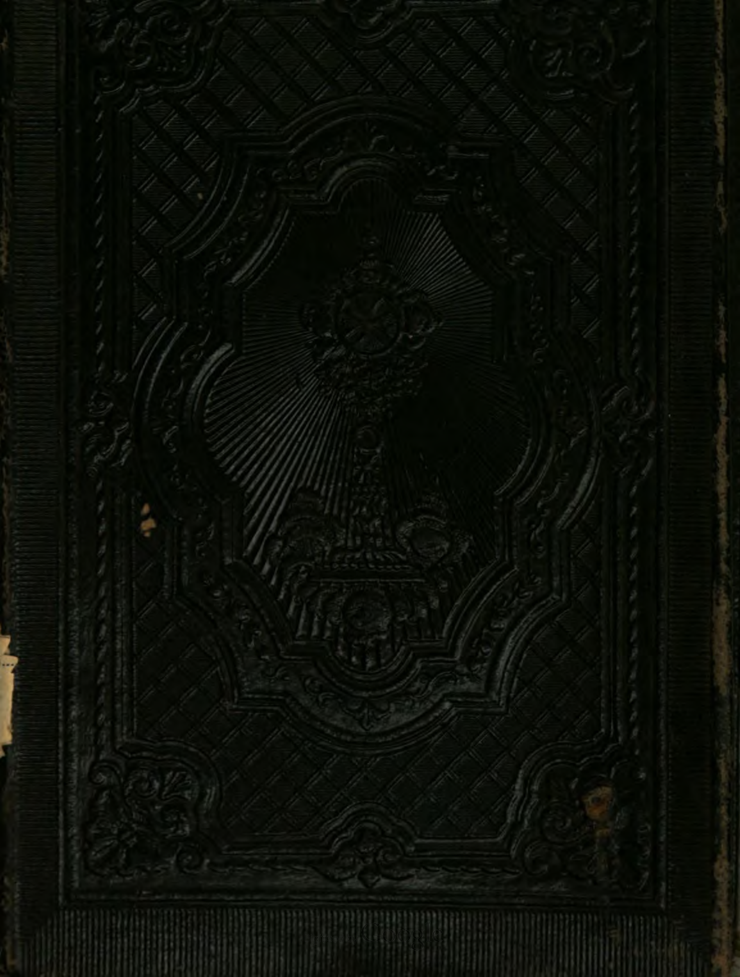


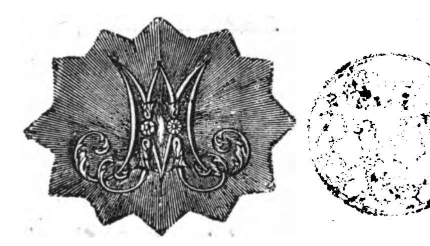


IMITACION

DE LA

SANTÍSIMA VÍRGEN.

IMITACION
DE LA
SANTÍSIMA VÍRGEN,
SEGUN EL MODELO
DE LA IMITACION DE JESUCRISTO,
POR
EL PADRE DEROUVILLE:
TRADUCIDA
POR D. JOSE ZAPATER Y UGEDA.
APROBADA POR LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.
Ilustrada con láminas grabadas en acero.



Unius vita omnium disciplina
(*S. Ambr.*)

BARCELONA:
LIBRERÍA DE JAIME SUBIRANA,
calle de la Puerta Ferrisa, 16.

1861.

VALENCIA : Imp. de D. Ignacio Boix. — 1861.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Don Benito Arias Montano, autor español, conocido por sus muchas obras religiosas, publicó há mas de dos siglos una obra, titulada: *Imitacion de la Santa Vírgen.* Este título hizo creer á muchas personas piadosas que se habia llenado un grande vacio, y que así como tenemos una *Imitacion de Cristo*, teniamos tambien la *Imitacion de María.* Pero la obra del célebre Arias solo era un tratadito de las virtudes de la Reina de las Vírgenes, dividido en doce capítulos, y muy diferente del modelo de la *Imitacion de Cristo.*

Ambos autores se propusieron un fin, cual es el de animar á los fieles en la práctica de la virtud, poniéndoles á la vista el ejemplo mas noble y mas perfecto que puede ofrecerse en toda la creacion despues de Jesucristo; pero difieren mucho en el modo de llenar su objeto.

Tampoco el autor de la presente obrita ha esperado tocar la perfeccion del modelo que se ha propuesto al componerla, y se cree muy dichoso, sino se ha separado enteramente de él. El libro titulado *Imitacion de Jesucristo* es en efecto una obra inimitable, y seria menester estar tan lleno del espíritu de Dios, como lo estaba su autor, para hablar tan bien como él de las cosas de Dios.


Miradme con compasion desde los cielos; O Virgen Santísima!
A. Gabriel del.

Á MARÍA.

Vírgen mas pura que el querube hermoso
Del supremo Hacedor fiel mensajero,
Mas que la gota de cristal, que pende
Del cáliz de la flor y lame el céfiro;
Dios te eligió por Madre, y tú, mas pia
Que el ángel de la paz, eres del suelo
La soberana protectora y Reina,
Que dulcifica nuestro mal acerbo.
Tú nuestra bendicion, tú nuestra guia
Eres, Madre de amor desde el momento
Que alumbró en Nazaret tu luz divina
Del hijo de Israel el paso incierto.
Madre y Esposa de Jehovah naciste,
Y producto de Dios el mas perfecto,

Y el Orbe todo con placer te llama
Gloria del mundo, admiracion del cielo.
Tu aureola es el sol, sobre la luna
Tienen tus plantas inmortal asiento,
Son las estrellas de tu manto el brillo,
Y el brazo de Jesus tu inmenso cetro.
Cuando olvidando su deber el hombre
Amaga á su cabeza el rayo fiero
De la justicia del Señor, tú sola
Detienes con amor el golpe cierto.
Si el enojo de Dios niega á la tierra
El sagrado rocio, su alimento,
Y hasta la yerba palidece y muere,
Al pronunciar tu nombre, cesa el duelo.
Cuando el marino con la muerte lucha
Del Océano furibundo en medio,
Si sus querellas á tu trono eleva,
Tú le conduces á seguro puerto.
La tierna madre que en sus brazos mira
El fruto de su amor casi muriendo,
Puesta de hinojos te suplica humilde,
Y conviertes sus quejas en contento.
Nadie á tus plantas se posterna en vano,
Pródiga siempre en repartir consuelos

De tus bondades sin medida y tasa
Llenos están los mares, tierra y cielo.

Tú nuestros campos de verdura llenas,
Infundes esperanza en nuestros pechos,
Das la tranquilidad que el alma ansia,
Y paz al corazon que mata el tédio.

¡Salve, Madre comun! los mundos dicen;
¡Salve, Esposa de Dios! gritan á un tiempo
Las criaturas todas; ¡Salve, Salve!
Repiten sin cesar los hemisferios.

Estrella de la mar, luz de la tierra,
Espejo de virtud, solo tu ruego
¡Cuántas bondades derramó en el mundo!
¡Cuántos favores alcanzó á tus siervos!

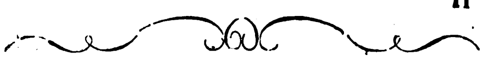
Tu nombre nada mas, dulce María,
Hace temblar al horroroso averno,
Y cubre de pavor sus escuadrones,
Mientras llena de dicha al Orbe entero.

Por tí la tierra recobró la vida,
La ventura, la paz y el gozo inmenso,
Que un triste dia por su mal perdiera
Las órdenes de Dios no obedeciendo.

Reina de la virtud, nunca te alejes
De los pobres proscritos, que gimiendo

Estamos siempre por el bien perdido
En este triste y terrenal destierro.
Tiende tu brazo poderoso y pio
Una vez mas al afligido pueblo,
Que recibió la vida de tu mano
En la cumbre del Gólgota sangriento.
Vuelve á nosotros tus clementes ojos,
No desoigas jamás nuestros lamentos,
Escucha de tus hijos, madre pia,
El triste lamentar y ardiente ruego.
A tí los hombres en su mal se acojen,
Tú siempre bondadosa das remedio
Al que en tu nombre con la fe se escuda,
Y no te aparta de su amante pecho.
Vuélvenos á mirar, Reina y Señora,
Y cuando el mundo con su afan dejemos,
Condúcenos propicia al pie del trono,
Que ocupa el sol que se enjendró en tu seno.

JOSE ZAPATER Y UGEDA.



IMITACION
DE LA
SANTÍSIMA VÍRGEN.

LIBRO 1.º

EN DONDE SE CONSIDERAN LA VIDA Y VIRTUDES DE LA SANTISIMA VÍRGEN DESDE SU INMACULADA CONCEPCION HASTA EL NACIMIENTO DE SU DIVINO HIJO EN BELEN.

CAPITULO I.

Imitacion de las virtudes de la Santísima Vírgen:

Dichoso el que imita á María, porque imitando á María, imita tambien á Jesus, rey y primer modelo de todas las virtudes!

La vida de esta Vírgen es una leccion universal. Con ella aprendemos el modo

de conducirnos en la prosperidad y en la adversidad, en la oracion y en el trabajo, en los honores y en la humillacion.

No esperemos tener jamás la perfeccion que la Vírgen tenia en todo cuanto practicaba, porque María es la perfeccion mas grande que existe, despues de Dios.

Siervos de María, haced que renazca en vosotros cuanto sea posible, la viveza de su fe, la prontitud de su obediencia, la profundidad de su humildad, la atencion de su fidelidad, la pureza de sus intenciones y la generosidad de su amor.

Sin esta imitacion, el amor que le profesais es harto débil; y por consiguiente no debeis esperar señales bien patentes de su proteccion.

Todos los dias, es cierto, recitais oraciones en su honor, llevais señales esteriores de vuestra devocion, sois miembros de alguna de las sociedades, que le están mas particularmente consagradas; y todo esto la obliga á pedir á su hijo gracias y dones para vosotros. Pero si con todo esto vuestra devocion no llega has-

ta el punto de imitar sus virtudes, vuestra devocion no os salvará.

Los filisteos poseian el *Arca del Señor*, la enriquecieron con sus presentes; mas el Arca no fue para ellos un manantial de bendiciones, porque aunque la poseian, no dejaban de amar á sus ídolos.

¡Oh, Reina de las virtudes! ¿no es justo que el que os ama haga por vos lo que se hace por los amigos que se tienen en este mundo, como es, arreglar su carácter al de aquellos, y tomar sus inclinaciones?

Vuestro corazon tan humilde, tan casto, tan sumiso á las órdenes de Dios, tan ardiente por los intereses de Dios, ¿podrá unirse jamás á un corazon soberbio, inconstante, sin resignacion á la voluntad de Dios y sin celo por su gloria? —Si vosotros me amais—nos decís con un título mas grande que el del apóstol—sed mis imitadores como yo lo he sido de Jesus; si sois mis hijos, revestios del espíritu de vuestra madre.

El espíritu de los hijos de María debe ser como el de la madre; un espíritu de



caridad, un espíritu de paz, un espíritu de mortificacion, un espíritu de amor y temor de Dios.

Vírgen Santísima, yo procuraré de hoy en adelante aumentar mi piedad hácia vos é imitar vuestras virtudes.

Este es el mas perfecto homenage que puedo ofreceros, y la mas grande muestra de amor que puedo daros.

CAPITULO II.

Del aprecio que debemos hacer de la gracia santificante.

La gracia que recibió María desde el primer instante de su concepcion, fue á sus ojos lo que la sabiduría á los ojos de Salomon; un manantial de todos los bienes.

Dios la poseia desde el principio de sus caminos. El primer instante de su concepcion fue un tiempo de favor y de gracia. He aqui lo que María estimó mas que todas las coronas de la tierra.

Toda su vida fue un testimonio conti-

nuo de su reconocimiento hácia Dios; y jamás fue, ni un solo momento, el objeto de su enojo.

Alma cristiana, tú has recibido en el bautismo esta gracia santificante, que recibió María en el primer instante de su ser.

Por ella, *partícipe de la misma naturaleza divina*, adquieres el precioso derecho de llamar á Dios tu padre, y á Jesus tu hermano.

Por ella, constituida *heredera de Dios y coheredera de Jesucristo*, el reino de los cielos ha sido destinado para tí.

¿Eres capaz de concebir toda la magnificencia y toda la nobleza de estas sublimes prerogativas? Pero ¿concibes tambien todas las obligaciones que ellas te imponen?

Mas ¡ay! para vergüenza del cristianismo ¡cuán pocos cristianos reflexionan y con la santidad de sus acciones trabajan para sostener la dignidad de su religion!

¡Cuán pocos cristianos padecen por



conservar la túnica de la inocencia, símbolo del candor, de la pureza y de la piedad de los hijos de Dios!

De los dones del mundo se saca una falsa gloria; y por la parte mas pequeña de ella hay quien da toda su felicidad, y desprecia la *gracia divina*, la cual, propiamente hablando, es la única que merece toda nuestra estimacion.

Hay quien se avergüenza de ser pobre, porque desciende de una familia ilustre; y no teme degenerar de una vida divina y espiritual, en otra carnal y voluptuosa.

Se hace alarde de una independencia quimérica; y por una monstruosa alianza con el demonio, no se tiembla de entrar en su imperio, de vestir su librea, y de aferrarse en una esclavitud, en que se tuvo la desgracia de nacer.

Se corre con aridéz tras los bienes y herencias de la tierra; y por la mas deplorable ceguedad se descuida, se desprecia en cierto modo la herencia eterna de los bienes del cielo.

Almas ingratas, víctimas desgraciadas

del pecado, cualquiera que seais, no cerreis el oido de vuestros corazones á la voz divina que os llama.

Un segundo bautismo os queda aun para recobrar la gracia que habeis perdido: este bautismo es el de la penitencia.

Recibidlo sinceramente. Vuestro padre celestial nada desea con mas ahinco que volveros su amistad. Pero recibidlo pronto, porque tal vez cuando querais ya sea tarde.

Vírgen Santísima é inmaculada, rogad por nosotros para que dejemos de ser pecadores; para que seamos constantes en la resolucion que hemos formado de reparar las pérdidas inestimables que hemos sufrido como pecadores.

Vuestra proteccion nos alcanzará la gracia de restablecernos perfectamente en la amistad de Dios, y por esto podremos bendeciros como á Jesus vuestro hijo, y manantial de nuestra salud.

CAPITULO III.

Del cuidado que debemos poner en conservar la gracia santificante.

María, concebida en la gracia de Dios, sin ninguna mancha de pecado, sin ninguna inclinacion al mal, no temia, como nosotros tememos, caer en la tentacion.

Sin embargo, vemos examinando su conducta, que parece tenia tanto ó mas que temer que nosotros.

María vigilaba todas sus palabras, como si hubiese podido desconfiar hasta de sus lábios.

Concebida con todos los privilegios de la inocencia, quiso vivir siempre en medio de la penitencia.

Y nosotros, aunque rodeados de enemigos ambiciosos y crueles, que buscan con ansia un momento para aprovecharse de nuestra débil naturaleza, nada tememos, ni velamos nuestras palabras, obras y acciones.

Siempre estamos diciendo que somos

la misma debilidad; y sin embargo constantemente nos estamos esponiendo á las ocasiones que han hecho sucumbir á los mas fuertes.

Cuando la debilidad es presuntuosa, bien merece perder su única defensa.

Nosotros llevamos *el tesoro* de la gracia en *un vaso frágil* por demás; vaso que puede romperse cuando menos lo pensamos.

Aunque fuésemos como San Pablo arrebatados hasta el tercer cielo, siempre deberiamos temer ser precipitados en lo mas hondo de los abismos, como el ángel rebelde.

David perdió la amistad de Dios por una mirada; y una Dálila pudo perder á todo un Sanson.

El que firme en sus antiguas resoluciones no vigila actualmente por sí mismo, no tardará en caer.

Cuando se anda por un mar borrascoso y lleno de peligros sin tomar todas las precauciones necesarias, solo debe esperarse el mas pronto y triste naufragio.

Es duro, en verdad, pasar la vida velando sobre nuestras inclinaciones para combatirlas; pero ningun santo ha alcanzado su corona sin vigilancia y combates.

Dios mio, *¡penetrad mi carne con vuestro temor!* El temor servirá para hacerme vigilante; y mi vigilancia me conseguirá la dicha de salir victorioso en todos mis combates.

CAPITULO IV.

Gracia y perfeccion.

María recibió la plenitud de la gracia desde el primer momento de su concepcion. Pero no se contentó con gozar en paz de su tesoro; porque todos sus cuidados los puso en aprovecharse de él.

Y la gracia que hace progresos donde encuentra esfuerzos, todos los dias se enriquece notablemente; porque en la tierra bien cultivada un grano se centuplica.

Aunque María nació con la santidad,

la santidad, sin embargo, no le era natural, pero con sus cuidados y trabajo se la hizo propia y familiar.

María ha elevado sus ramas como la palmera: María las ha estendido por todas partes; y estas ramas son las del honor y la gracia.

¿Quereis acrecentar en vosotros la gracia que os dá el carácter de amigos de Dios, de hijos de Dios, hermanos y coherederos de Jesus, templo del Espíritu Santo? Pues huid del mundo, amad la oracion, frecuentad los Sacramentos, aplicaos á la práctica de las virtudes propias de nuestro estado.

El mejor medio para aumentar en nosotros la gracia santificante y habitual, es ser fieles y corresponder á los movimientos de la gracia actual.

Para saber lo que importa hacer para que seamos siempre agradables á los ojos de Dios, solo debemos escuchar y dejarnos conducir por esa voz interior que constantemente nos está hablando.

Cuanto mas escuchemos esta voz mas nos instruimos: y á medida que se ade-

lanta, esta voz nos enseña á hacer nuevos y mas grandes progresos en el camino de la virtud.

Algunos hay que despues de haber andado algun tiempo por el camino de la virtud, se sientan á descansar y se alegran del camino que han andado; pero la gracia jamás dice: ¡*ya hay bastante*!

La esperiencia enseña, que en el camino de la virtud el no adelantar es atrasar, y el no ganar siempre es perder.

Cuando se ponen límites al servicio de Dios, Dios tambien los pone á sus dones.

Dios siempre es liberal para nosotros, y nosotros siempre somos ingratos para él.

Por pocas riquezas que tengamos de este mundo, siempre son bastantes; pero los bienes de la gracia nunca bastan.

¿Por qué os deteneis despues de comenzar bien? ¿No es y será siempre Dios un padre tan grande y tan tierno como ha sido hasta ahora?

El Señor te ha confiado muchos bienes, y te olvidas tu de hacerlos valer.

Pues bien, siervo infiel, tu mereces ser castigado.

Si dices, como acostumbras repetir algunas veces, que te contentas con tener *el último lugar en casa del padre celestial*, te espones á no tener ninguno.

¡Oh, María! patente y celosa protectora nuestra, ayudanos á santificar una vida que Dios nos ha dado para que únicamente la empleemos en amarle y en servirle.

Ayúdanos á merecer una gloria que no podremos alcanzar sino con el ausilio de la gracia en union con nuestras obras, y cuya magnitud se mide sobre la estension del fervor que tenemos al practicarlas.

CAPITULO V.

Es necesario entregarse á Dios desde el principio.

«Escucha, hija mia, con atencion lo que te voy á decir: olvidate de tu pueblo y de la casa de tu padre; y asi te gran-

gearás la voluntad del Rey, cuyo corazon has podido enternecer; porque es tu mismo Dios.»

María, en efecto, escuchó en buen hora la voz divina que la llamaba al retiro, y abandonó desde sus mas tiernos años la casa paterna, para consagrarse á Dios en su templo.

¡*Oh, hija del Soberano de los cielos*! ¡*Cuán gloriosos y nobles son tus* primeros *pasos en el mundo*!

Esta ofrenda de tu corazon, de tu libertad, de tí misma, era un homenage perfecto rendido á la magestad de Dios: este homenage fué el manantial de las bendiciones de que fuiste colmada durante toda tu vida.

¡Cuánto se engañan los que creen que la juventud no es un resorte para alcanzar la virtud!

María y los santos han podido conocer la ventaja que tiene el hombre que se entrega al Señor desde los primeros años de su vida.

¿Es justo entregar á Dios únicamente los restos miserables de una vida que solo

se nos ha dado para emplearla entera en su servicio?

Algunos dicen que se dedicarán á Dios en llegar á la vejéz. Pero ¿podrán llegar al término que esperan? Y si llegan, ¿podrán reformar sus costumbres tan fácilmente como creen?

La esperiencia nos hace ver que la vejéz instruye, pero no hace sabios.

¡Dichoso el que se prepara desde la infancia para aparecer delante del soberano Juez que ha de pedir cuenta á todas las edades!

El que no ofrece á Dios el principio de su vida, debe temer que Dios, para castigarle, no le permita ver pronto el fin de ella.

Yo os doy gracias, Dios mio, por la grande misericordia que habeis usado conmigo, conservándome la vida cuando yo la empleaba en ofenderos únicamente.

Yo quiero, con el ausilio de vuestra gracia, serviros hasta mi último momento con tanta mas fidelidad como tardanza ha habido en reconoceros.

CAPITULO VI.

Ventajas y dulzuras de la soledad.

El siervo.

Vos debisteis, Vírgen pura, disfrutar en el templo del Señor de unos dias bien tranquilos y serenos. El Amado era todo de vos, y vos, Madre mia, toda érais del Amado. El mundo y todo lo que encierra nada era á vuestros ojos, nada.

María.

Hijo mio, un alma en la soledad, separada del mundo y de sus objetos, pasa en efecto dias muy felices y tranquilos. Allí está sola con Dios: ¡qué dicha mas grande se puede desear!

El alma, en estas cortas palabras que repite sin cesar: *¡Vos sois el Dios de mi corazon!* tiene toda su gloria, toda su riqueza, todo su placer.

Sentada como la Esposa sagrada *á la sombra del Amado*, mira con compasion los afanes que sufren los hombres por hacerse grandes y opulentos; y pien-

sa que no se puede amar sino al que ella ama.

Nada de lo que pasa sobre la tierra se puede afectar en demasia. Aquel á quien ella ama es siempre igual y será siempre *el que es*; siempre santo, siempre amable; y en esta idea encuentra el alma un objeto de alegria siempre nuevo.

Cuando Dios quiere dar á un alma sus divinas lecciones, y *hablarle al corazon*, la conduce á *la soledad.*

Pide, hijo mio, este gusto al retiro, este espíritu de recogimiento que tenian los santos. Vive lejos del mundo, y no le veas sino por necesidad.

Y cuando la necesidad te obligue á aparecer en medio del mundo, imita á la paloma que salió del arca, pero que volvió inmediatamente, porque no encontró fuera del arca un lugar para poder descansar.

Si no huyes cuidadosamente del mundo, bien pronto te dejarás vencer por sus atractivos; y cuando llegues á gustar los placeres del mundo, ya no podrás gustar las alegrias de Dios.

La esposa de los Cantares buscaba á su amado por las calles de Jerusalem, y no lo pudo encontrar.

Sabe, hijo mio, que solo serás el objeto de las conversaciones del mundo, por las faltas que en él hayas podido cometer.

Las delicias de Dios consisten en estar contigo. Pues sean las tuyas estar con él; que tú no las hallarás mejores que en la soledad y retiro.

Allí podrás manifestarle con entera libertad, mejor que en ninguna otra parte, tus pensamientos mas íntimos: allí te será fácil esplicarle tus sentimientos con toda la libertad de una respectuosa confianza.

Allí es en donde hará renacer en tu espíritu mas fácilmente pensamientos que dulcificarán las penas, tranquilizarán tus rencores, disiparán tus dudas, y te enseñarán el camino seguro para dirigirte á todas partes con entera precaucion.

Allí hablará Dios á tu corazon con esa voz que solo es propiedad suya: tu corazon oirá el lenguage que solamente comprenden los amigos de Dios, y que



Anuncia, Santísima Virgen, á mi alma la paz espiritual.

A Gabriel del

imprime en un alma las verdades que su amor quiere que sepa.

CAPITULO VII.

Estimacion de la pureza.

Cuando el ángel propuso á María el ser la madre de Dios, no le esplicó si esta augusta prerogativa podia conciliarse con el voto de castidad que ella habia hecho: y María suspendió su consentimiento.

Porque María queria mas aventajar en mérito á todas las criaturas por su virginidad, que sobrepujarles en dignidad.

Pero *no te asustes, María*; que esa misma pureza que aprecias, hará que descienda á tu seno al Dios que quiere nacer de una Vírgen.

¡Oh pureza! ¡Cuánto valor debes tener á nuestros ojos, porque tú eres la que nos has dado el Redentor, y porque la mas perfecta de las Vírgenes te ha preferido á la maternidad divina!

Tú eres ¡Oh pureza! la que diste á Jesus el discípulo que Jesus amaba con mas predileccion: tú eres la que preparas al *Cordero* las almas que deben *acompañarle siempre.*

El principe de los apóstoles ha merecido grandes privilegios; pero Jesus únicamente permitió al discípulo que era vírgen, reposar sobre su seno durante la *Cena.*

Jesus dió á Pedro el cuidado de su Iglesia y á Juan el cuidado de su Madre.

Por la pureza gozamos sobre la tierra la vida de los bienaventurados en el cielo.

La práctica de esta virtud nos hace adquirir un mérito que los ángeles no tienen.

¡Oh, vosotros los que mirais el vicio contrario á esta virtud como el mas digno de perdon, atendida la debilidad humana! acordaos de que pocos ha perdonado Dios menos, ni han sido mas severamente castigados.

Este vicio aparta el espíritu de Dios, porque Dios, dice la Escritura, *no habita en el hombre carnal.*

Este vicio ciega al hombre. Es necesario un profeta á David adúltero para hacerle comprender la magnitud de su crimen, y pensar en hacer penitencia.

Este vicio endurece al hombre. Cuando Salomon se volvió impúdico, se hizo idólatra.

Nuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo: la impureza en un cristiano es pues la abominacion y destruccion del lugar santo.

CAPITULO VIII.

Conservacion de la pureza.

Admira la modestia con que María habla al ángel del Señor, cuando le anuncia el grande misterio que se vá á obrar en su seno.

María se halla con el ángel cara á cara y sin testigo. Esto es bastante para que se halle sobre cojida de un santo temor.

¡Ay! El pudor nunca está sin inquie-



tud. Como flor delicada teme el menor soplo. Una sola mirada, una sola palabra la atemoriza.

Una Vírgen que conoce todo el valor del tesoro de la castidad, teme las ocasiones de perderla, hasta la mas remotas.

Las palabras lisongeras, los ofrecimientos mas sencillos, y hasta las conversaciones que parecen mas inocentes, le son sospechosas, y la hacen redoblar su vigilancia y atencion.

Pero si es menester tanta precaucion para conservar la castidad en toda su integridad, ¿podrá asegurarse que hay en la tierra muchas almas enteramente castas?

Muchas doncellas cristianas conversan á menudo con personas que no son ángeles.

Sobre todo, una doncella que gusta de las alabanzas, no permanecerá mucho tiempo indiferente para el que la lisongea.

En materia de pureza todo se debe temer, y aun no temeremos bastante.

Nosotros somos formados de la misma

tierra que lo han sido tantos otros hombres que eran tan débiles; porque creyéndose fuertes, no cuidaban de defenderse.

Cuando despues de muchos años hayas alcanzado algunas victorias sobre el enemigo de la pureza, no te creas por eso invencible, pues solo es menester una desgraciada ocasion para perderte.

Evita con cuidado hasta las menores ocasiones peligrosas que sin cesar se presentan, y Dios te dará gracia y fuerza en esas ocasiones que no se pueden prever, y en las que se necesita una grande virtud para triunfar.

¡Oh, Vírgen, Madre de todo un Dios! Infundid en mi corazon la desconfianza de mi mismo, la prudencia en todos mis pasos, la mortificacion de mis sentidos, virtudes necesarias para conservarme en la castidad.

No puedo congratularme de ser, como deseo, contado en el número de tus hijos, porque no tengo, por desgracia, una virtud que ha sido el principio de toda tu gloria.

CAPITULO IX.

La gracia divina solo es para el humilde.

Maria.

Hijo mio, quiero enseñarte un secreto para que puedas obtener muchos dones de Dios. Este secreto consiste en creerte siempre indigno.

Dios dá sus gracias á los humildes: en un corazon lleno de amor propio no hay lugar para los favores de Dios.

El siervo.

Reina de los santos, tú misma nos has dado muchos ejemplos de tu humildad; ejemplos que nos sirven de instruccion.

Cuando el ángel te anunció que serias madre de Dios, tú no comprendiste cómo Dios se habia dignado poner los ojos en tí para concederte tan grande dignidad.

Y cuando quedaste hecha madre de Dios, el único título que tomaste fue el de *sierva*.

¡Oh, nueva Eva, cuán diferente eres de la primera! Su orgullo la hizo perder sus privilegios, y tu humildad, María, ha sido el orígen de los tuyos.

El Altísimo, para obrar en tí tan *grandes maravillas*, ha tenido presente, no la condicion del nacimiento, ni el lustre de la cuna, sino los sentimientos que tú misma tenias de tu *bajeza*.

Era muy natural que un Dios que iba á humillarse hasta el esceso, haciéndose hombre, tuviese singular complacencia en la humildad.

María.

Hijo mio, tiene mas mérito á los ojos de Dios que á los de los hombres, el que cree no tener ninguno, cuando tiene mucho.

Sea cual fuere la gracia que hayas recibido de Dios, ó la que recibas ahora, ó puedas recibir en adelante, juzga siempre de tí mirando lo que eres de tí mismo.

Nunca creas que es tuyo el bien que posees, ni el bien que dispensas á los de-

más: Dios te deja el provecho de ese bien, y se reserva la gloria.

Cuando correspondas fielmente á la gracia que de Dios recibes, acuérdate de que no eres fiel sino con el ausilio de la misma gracia; y que Dios, recompensando tu fidelidad, corona sus propios dones.

Lleva siempre grabados en el fondo de tu corazon estos tres sentimientos: Dios es todo, y yo soy nada; Dios lo posée todo; yo únicamente poseo la miseria: Dios todo lo puede; yo nada puedo sin su socorro.

Entonces, aunque nada seas en tí mismo, y no poseas cosa alguna, ni puedas nada, serás sin embargo alguna cosa á los ojos de Dios; se complacerá colmándote de dones, y sacándote victorioso de todos tus enemigos.

CAPITULO X.

La humildad ante Dios y ante los hombres.

El ángel enviado por el Señor á María la elogió sobre manera, y le anun-

ció que seria la madre del hijo de Dios; pero nadie supo de los labios de María lo que el ángel le dijo.

A pesar del tierno afecto que profesaba á su esposo José, y del frecuente trato que tenia con él, no le dijo una palabra.

Cuando fue á visitar á su prima Isabel, la halló instruida en el misterio; pero no se aprovechó María de esta favorable circunstancia para contarle lo ocurrido.

María dejó á Dios el cuidado de manifestar, cuando lo creyese oportuno, aquellos misteriosos secretos que tan gloriosos eran para María.

Es necesario ocultar tambien á los ojos de los hombres lo que aparece á los de Dios, lo que recibimos de su liberalidad.

Cuando un hombre pone su tesoro á la suerte, se espone á perderlo.

Los hombres, siempre *ciegos y sensuales*, no aprecian, porque no lo conciben, lo que hay mas allá de los sentidos, que es el *espíritu de Dios*.

El espíritu de Dios se comunica en

secreto, y quiere que todo sea secreto entre él y el alma favorecida.

Un hombre solo escojido entre mil, puede y debe conocer vuestras riquezas espirituales, y hacer que las conozcais, para que os aprovecheis de ellas. Este hombre es el que ocupa en la tierra el lugar de Dios, para conduciros por el camino de la salud y perfeccion.

En presencia de todos los hombres estad como las personas honradas y virtuosas: sed humildes, modestos, afables y siempre de un mismo temperamento, pero que sobre todo esté sano vuestro interior.

Si siendo así los hombres os creen poco virtuosos, ó muy diferentes á lo que realmente sois, no os entristezcais por eso, que esta es una dicha que pone á cubierto los favores y gracias que Dios os ha dispensado.

Dios quiere que se marche con ardor por el camino de la virtud; pero no es una pequeña ventaja marchar, como suele decirse, haciendo poco ruido.

Siempre estamos observando, que un

alma verdaderamente recojida, sufre y tiene necesidad de toda su sumision en la voluntad de Dios, cuando este permite que cualquiera de las gracias particulares con que el Señor la ha favorecido, se manifiesta esteriormente y la pueden conocer los hombres.

CAPITULO XI.

Sobre la prudencia de la fe.

Cuando el ángel dirigió la palabra á María de parte del Señor, María *reflexionaba*, dice el Evangelio. Estas reflexiones eran hijas de su humildad, eran producidas por su ardiente fe.

Esta Vírgen prudentísima sabia que el ángel de las tinieblas se trasforma algunas veces en ángel de luz; y que el espíritu de error imita algunas veces la voz del espíritu de verdad.

María pregunta al ángel, y espera cuidadosa su respuesta para ver si está conforme con lo que los profetas han di-

cho acerca del Mesias, y con los principios de su religion.

Hay prudencia que guia la sumision á la fe, lejos de serle contraria.

La prudencia hace abrir pronto los ojos, para asegurarse de la revelacion; é inmediatamente la sumision los hace cerrar para creer ciegamente en ella.

No debemos creer á toda especie de espíritus. Yo no quiero creer todo lo que se me puede decir en materia de religion, escepto lo que está conforme con lo que Dios ha dicho, bien sea por sí mismo, bien por medio del órgano de su iglesia, que es la *columna de la verdad*.

Dios ha dado los medios de conocer cuando él mismo habla. Pero siendo tan cierta la revelacion, ¡Anatema al ángel que quisiera enseñar lo contrario de lo que nos dice la revelacion!

CAPITULO XII.

De la sumision de la fe.

Cuando María se aseguró de que el Señor le habia hablado por medio del ángel, creyó firmemente que el misterio anunciado por el ángel se obraria; y aunque no lo comprendia, lo creyó sin indagarlo.

María no pidió una señal, como lo hizo Acáz, ni dudó como Zacarías: María únicamente preguntó entonces: *¿Cómo se efectuará esto?*

María no hizo ninguna de esas preguntas ni dió á conocer esa curiosidad tan propias de un alma débil; lo que hizo fue replegar su espíritu en la fe.

Humíllate con su ejemplo, alma mia, sometiendo tu razon á las verdades que están mas allá de tus alcances.

No pretendas comprender los misterios que la fe te propone, porque si los comprendieras no serian misterios. Solo te basta saber que son verdaderos.

Desde los astros hasta la mas peque-

ña flor, todo es misterioso en la naturaleza. Y tú que no puedes comprender esos misterios naturales ¿te atreves á querer indagar nada menos que los misterios de Dios?

Es una locura el creer una cosa como palabra de Dios, sin tener para ello justas razones. Esta locura es muy propia de los paganos y de muchos cristianos.

Pero creer una cosa como palabra de Dios, cuando para ello hay razones sólidas, es la mayor sabiduria.

Creer lo que los ojos no ven, creer lo que la razon no concibe, es un perfecto homenage tributado á la suprema verdad.

No quiero con mi razon, Dios mio, juzgar las cosas, sino con la vuestra, que es la que me comunica la fe.

Vos, Señor, no me exigis solamente el sacrificio del corazon, sino tambien el del espíritu, que es el que se hace con la fe.

Yo confio llegar al cielo, en donde todo se descubre; pero ni aun en el cielo podré jamás comprender enteramente

vuestras perfecciones, vuestras obras; porque sois ilimitado y yo siempre tendré límites.

CAPITULO XIII.

De la prisa que debemos tener en recibir á Jesus por medio de la Comunion.

Maria.

Hijo mio, el misterio que acabas de considerar, puede suministrarte todavia reflexiones y objetos de imitacion, sobre los que nada piensas.

El siervo.

Dignaos instruirme, Reina del cielo: *hablad, que vuestro siervo os escucha.*

Maria.

Antes de recibir yo la visita del ángel, ya habia pedido muchas veces al *Dios justo por excelencia, el rocio del cielo* prometido á la tierra ya tanto tiempo. Pero nunca me atreví á pensar que yo fuese la Vírgen que habia de dar al mundo su Salvador.

Cuando me aseguré de que yo era, sin embargo, la escogida para ser su madre, humillándome á vista del grado de gloria á que me elevaba, ¡ ay, hijo mio! ¡ cuánta alegria esperimentó mi corazon! ¡ qué consuelo concebí al poseer á mi Dios dentro de mi seno!

El mismo Dios que se dignó unirse tan íntimamente á mí por medio de su encarnacion, desea, hijo mio, unirse tambien á ti por medio de la comunion. Pero te previenes muy poco tú para recibirlo.

No escuches los pretestos que te sugieren tu indolencia y una falsa humildad para apartarte del sagrado convite.

Te escusas con el miedo y el respeto; pero el miedo y el respeto deben estar subordinados al amor, y servir para hacerle mas atento.

Vosotros decis que vuestras faltas son muy frecuentes para poder acercaros al Santo de los santos; mas por frágil que sea un alma, si hace todos los esfuerzos que puede para coregirse, Jesus la recibe con placer.

Hijo mio, los cristianos que comulgan de tarde en tarde, lo hacen así porque temen á su propia conciencia y no quieren tranquilizarla, pudiendo hacerlo tan fácilmente.

Tú, hijo mio, temes á esa vida fervorosa que de tí se exige para que puedas comulgar á menudo.

Te quejas tambien de la debilidad y de las enfermedades de tu alma; pues aprovéchate del remedio eficaz que se te ofrece en el *pan de vida.*

Una comunion bien hecha, nunca deja de producir buen efecto en un alma.

Si por tu vigilancia y fidelidad estuvieses ya en el estado que se requiere para participar á menudo del Sacramento, ya hubieras avanzado mas en el camino de la verdadera perfeccion.

El alma que tarda en gozar de la presencia de Jesus en el cielo, tiene sus delicias en gozarle sobre la tierra por medio de la comunion, tan amenudo como le es posible.

CAPITULO XIV.

Sentimientos del alma despues de la Comunion.

Maria.

Hijo mio, cuando has recibida á Jesus en el *Santo Convite*, y reposa en tu corazon, imita los sentimientos que me animaban cuando yo le llevaba en mi seno.

El siervo.

¡Oh, Maria! ningun espíritu humano puede concebir, ninguna lengua puede esplicar, Dios solo conoce cuáles fueron entonces los sentimientos y trasportes de tu alma!

Fe, humildad, celo, reconocimiento, amor, todas las virtudes se partieron los instantes de los nueve meses que el Verbo de Dios estuvo en tus castas entrañas.

Maria.

Hijo mio, si comprendieras el precio de la gracia que Jesus te concede, cuando se entrega á tí por medio de su Sacramento, y los sentimientos que le animan en tu

favor, ¿no le agradecerias tantos y tan distinguidos favores?

¡La criatura es visitada por el Criador! ¡Un pobre, por el Rey de la gloria! ¡Una alma afligida, por el celestial Consolador! ¡Un hombre, que no es sino pecado, por el que es la misma santidad!

Humíllate profundamente en su presencia; exalta sus bondades infinitamente elevadas hasta mas arriba de todas tus concepciones.

Detesta tus pasadas ingratitudes: implora el tesoro divino para el porvenir: prométele una fidelidad eterna.

Entrégate á los trasportes de la mas pura alegría: ruega á los ángeles y á los santos dén por tí á Jesus las acciones de gracias que corresponden, si fuere posible, al magnífico don que acaba de concederte.

Desea que un Dios tan amable y tan bueno sea amado y glorificado sobre la tierra, del mismo modo que lo es en el cielo.

Abre tu corazon á todos los fuegos de su amor, y desea ser consumido por él.



Ofrece en reconocimiento de sus favores, y por suplir tu debilidad, todos los sentimientos de las almas santas que le reciben en el mismo Sacramento con amor y devocion.

Ofrécele sobre todo los sentimientos que infundió en mí, cuando por la encarnacion se unió á mí tan íntimamente.

Hé aquí, hijo mio, de qué te has de ocupar en la comunion, y durante el dia que hayas tenido la dicha de recibir á Jesus.

CAPITULO XV.

Frialdad de algunas almas al tomar la Comunion.

El siervo.

Yo os doy gracias por las instrucciones que os habeis dignado darme, ¡oh Vírgen que estais al lado de Jesus, mi amparo y mi guia!

Pero, Vírgen augusta, muchas veces al tomar la comunion, á pesar del cuidado que pongo para alcanzar los sentimientos que inspira la recepcion del cuerpo y san-

gre del Señor, ¡mi espíritu está tan débil y mi corazon tan frio!

No puedo entonces participar de los sentimientos de tierno amor y de las dulzuras que debisteis gustar cuando llevabais á Jesus en vuestro seno; y de las que participan al tiempo de la comunion tantas almas piadosas.

Maria.

Hijo mio, cuando tu corazon esté frio al tiempo de la comunion, humíllate reconociendo que mereces aquel estado por tus infidelidades: sopórtalo con paciencia en espiacion de tus faltas, pero no desmayes nunca.

Si conoces que este estado de privacion es un castigo, procura corregirte; y si solo es una prueba, haz que sea un motivo de mérito por tu resignacion.

Un corazon puede entregarse entera y sinceramente á Dios y no encontrar placer alguno en las cosas que pertenecen á Dios.

Muchas almas que van con ardor por el camino de la perfeccion, esperimentan

cierta aridez en la oracion, y aun al tiempo mismo de recibir la sagrada comunion.

Los consuelos sensibles no son necesarios en la virtud; y por lo mismo es menester que el alma no se una á ellos.

El Esposo divino no ignora lo que conviene á sus esposas: á unas dá el placer y consuelo que niega á otras, por razones que estas deben respetar, sin inquirir la causa ni querer comprenderlos.

Si un alma negligente debe desear las liberalidades de Jesus, un alma fervorosa debe tambien desear ocasiones de hacer ver á nuestro Salvador que le ama por lo que en sí vale, mucho mas que por los dones que de él recibe.

El siervo.

Yo me someto muy gustoso, ¡oh Vírgen santísima! á la voluntad del divino Maestro.

¿Si Jesus se digna ponerme en el número de las almas á quienes concede tan distinguidos favores, sea por siempre bendito; y séalo tambien aunque no me conceda sus dones.

CAPITULO XVI.

El fruto de la Comunion.

El siervo.

Madre del puro amor, toda tú fuiste santa desde el primer momento de tu ser. Pero despues de la encarnacion del Verbo en tu casto seno, ¡cuántos nuevos progresos no hiciste en la santidad!

La permanencia de Jesus en tus entrañas por espacio de nueve meses, hizo en tí impresiones de santidad que durarán eternamente.

La idea del inmenso favor que Dios te concedió, te hizo estar hasta el último suspiro en una santa solicitud para hallar los medios y aprovechar todas las ocasiones de hacerle ver tu reconocimiento.

Maria.

Mi ejemplo es tu confusion, hijo mio. Tú recibes en la comunion al Dios de toda la santidad, y por lo mismo es necesario que tú seas un santo.

Una sola comunion bastaria para lle-

narte de todo el fervor de los santos, pero tus comuniones te dejan siempre con la misma frialdad.

Tú eres siempre reservado y poco franco para Jesus; mientras que Jesus no lo es contigo en sus muchas liberalidades.

Su presencia, es bien cierto, cuando lo has recibido, te inspira grandes sentimientos de virtud. Tú le haces grandes promesas, pero tus promesas y sentimientos se desvanecen bien pronto.

No lo harias así con un gran personage de la tierra que te honrase con su visita.

Cuando uno recibe favores de algun amigo ¡cuán pronto está para atestiguarle su reconocimiento! El amor no está tranquilo hasta que no encuentra medios de satisfacerse.

¿Te faltan, acaso, hijo mio, las ocasiones de que se valian los santos despues de la comunion, para atestiguar á Jesus su gratitud?

Jesus exige particularmente la vigilancia sobre los afectos; y quiere que no haya uno solo que no sea para él.

Si tu velases cuidadosamente sobre tí mismo despues de haber comulgado, tu conservarias la devocion que tenias al tiempo de comulgar.

Esta vigilancia despues de cada comunion es la mejor disposicion en que te puedes encontrar para volver á recibir el sagrado cuerpo de Jesucristo, el *pan de los ángeles*.

El siervo.

¡Oh, Vírgen, modelo de toda virtud! Yo postrado á tus pies me arrepiento de mi ingratitud y debilidad.

Ruega á Jesus que me arranque este corazon tan miserable é indigno de él; que ponga en mí un nuevo corazon, que me dé otro semejante al tuyo, es decir, un corazon ardiente, liberal, tierno, constante para Jesus, como lo es el de Jesus para nosotros.

CAPITULO XVII.

De la caridad para con el prógimo.

Madre del Dios de la caridad, apenas el ángel os anunció el estado en que se hallaba vuestra prima Isabel, la caridad os hizo ir á ofrecerle vuestros servicios.

Marchásteis *presurosa*, dice el Evangelio; porque las inspiraciones del Espíritu Santo quieren la prontitud en la egecucion.

No te arredran las montañas que es necesario atravesar para llegar á casa de Isabel, porque la caridad sabe llenar sus deberes con valor y generosidad.

Tú abandonaste las delicias de tu retiro de Nazaret, porque la caridad tiene derechos mas grandes que todos los gustos de la piedad.

Tu caridad no es pasagera. Tú prestaste á Isabel por espacio de cerca de tres meses tus atenciones y cuidados.

¡Qué dichosos efectos de santidad no produjo esta caritativa virtud! Isabel fue colmada de los dones del Espíritu Santo,

y Juan Bautista santificado en el seno de su madre.

Isabel y su esposo vivian en la práctica de las virtudes; pero aprendieron con tu ejemplo á practicarlas mas perfectamente.

Maria.

Si amas á Dios, hijo mio, tambien amarás á tu prógimo, por el cual bajó del cielo, se hizo hombre y dió la vida sobre una cruz.

Pero no te contentes solo con las promesas; añade tambien las obras. ¡Cuántos afligidos tienen necesidad de consolarse con tus palabras, y cuántos desgraciados están esperando sus servicios!

Dios ha permitido que haya sobre la tierra muchos pobres, para que se santifiquen con la paciencia; y Dios quiere que tu lo consigas por medio de tu caridad.

Sé pronto para egercer la caridad, cuando puedas egercerla con presteza. La moresidad siempre hace perder y rebajar el mérito que se adquiere por la caridad.

Sé franco y liberal en la caridad; y nunca mires lo que haces, sinó lo que puedes hacer.

El que hace alarde de los servicios que presta al prógimo, mas bien elude los deberes de la caridad, que los llena.

Cuando tu mismo no puedas favorecer á tu prógimo con tus servicios, interésate con los demás para que lo hagan, y cuando no otra cosa pide al menos para ellos las bondades de Dios.

Si únicamente has de hacer bien á los hombres por su mérito ó por sus cualidades, pocas veces lo harás.

Complácete, hijo mio, en las obras de caridad que exijan algun desprendimiento; procura egercitar la caridad aunque sea con menoscabo de tu mismo amor propio.

El mismo Dios te enseña con su ejemplo á hacer bien á todos los hombres, aun á los mas ingratos.

Jesucristo ha dicho: *Dad, y se os dará á vosotros*. Desprendeos de algunas riquezas temporales, y Dios os colmará de las eternas, de aquellas que

nunca se acaban, que son imperecederas.

Dad á vuestros semejantes buenos consejos, para que salga con prudencia de sus incertidumbres; y el Dios omnipotente os ayudará con sus inspiraciones á salir bien de las vuestras.

Dad á los afligidos palabras de consuelo, y *el Dios de toda consolacion* con sus palabras y con su gracia os consolará en vuestras aflicciones.

CAPITULO XVIII.

Del reconocimiento hácia Dios por los beneficios que de él recibimos.

¡Oh, Dios infinitamente bueno, que me habeis prodigado tantos beneficios temporales y espirituales, desde que estoy en la tierra! yo os ofrezco en recompensa los sentimientos de gratitud que esperimentó María cuando entró en casa de Zacarías é Isabel.

Isabel tributó á María las mas justas alabanzas; pero María deseaba que olvidase Isabel á la que habia recibido los be-

neficios del cielo, para pensar únicamente en el bienhechor.

María hubiese querido que todas las criaturas se uniesen á ella, para bendeciros, Dios mio, por los dones que vos le habias tributado.

María no se miraba como dichosa, sino porque el Todopoderoso se habia dignado servirse de la mas pequeña de sus *siervas*, para hacer ver cuán *grande* y cuán *misericordioso* es.

¡Ay de mí, Señor! bien lejos de ver en mi semejantes sentimientos, despues de las muchas muestras que vos me habeis dado de vuestro amor, no veis en mi mas que un ingrato, un miserable.

De vos únicamente, Señor, recibo yo los bienes y todo cuanto soy y poseo, y en lugar de mostraros mi gratitud á vos únicamente, la muestro á los hombres. Todos mis proyectos salen como deseo, y yo tan ciego siempre, Dios mio, lo atribuyo á mí solo.

Yo merezco, Señor, que detengais el curso de vuestras bondades para conmigo; pero dignaos, Señor, ser compa-

sivo con un alma que se confunde y avergüenza á vista de su pasada conducta; de un alma que promete seros mas reconocida de hoy en adelante.

Pero, Dios y Señor mio, ¡qué mas bondades puedo esperar de vos, que el deseo que teneis de que yo sea digno de esa vida eterna, para la que os habeis dignado criarme!

¡Ay de mí! ¿qué soy yo por mi solo? ¿Qué puedo yo, pobre de mí, cuando se trata de la salvacion de mi alma? Nada; absolutamente nada; y sin embargo no pienso en agradeceros los socorros que vos me dais para alcanzar tan grande bien.

Si hay en mi alguna cosa agradable á vuestros ojos, de vos solo, Señor, la he recibido, y únicamente con vuestro amparo la podré conservar.

Yo procuro, ciertamente, alcanzar vuestra gracia; pero mi misma cooperacion es uno de vuestros dones, porque yo no puedo practicar ninguna buena accion sino con vuestro socorro.

¡Cuánta miseria y debilidad hay en

mi alma! Si vuestra gracia me abandonase, Dios mio, ¿quién seria capaz ni tendria bastante poder para sacarme á puesto de salvacion?

No veo ninguna seguridad en mi de poder hacer algo por mi mismo; solo tengo la profunda conviccion de mi estrema debilidad, y de lo que os debo por los muchos dones que me prodigais.

Pero, Señor, vuestra ilimitada misericordia no se apartará jamás de este mísero gusanillo que solo á vos ama, por vos únicamente vive, en vos confia y de vos espera la salvacion de su afligida alma.

CAPITULO XIX.

Unicamente la virtud tiene poder para formar una amistad leal, dichosa y constante.

Un amigo fiel es un tesoro que enriquece — dice la Sagrada Escritura — *y los que temen á Dios pueden encontrarlo.*

María é Isabel se encontraron, y mútuamente disfrutaron de las delicias de la

verdadera amistad por espacio de tres meses que permanecieron juntas.

Dios obró un gran prodigio en favor de Isabel, haciendo que terminase su esterilidad en una edad ya avanzada. Esto fue bastante para que María depositase su amistad en donde veia que Dios depositaba sus gracias.

Pero un prodigio mas grande y maravilloso se obró en el seno de María; y ¿cómo no podria amar Isabel con todo su corazon á la que Dios profesa su amor tan especial?

Durante los tres meses que pasaron juntas estas dos amigas, tuvieron frecuentes conversaciones; se hicieron mútuas confidencias; se dieron sabios consejos recíprocamente; se prestaron mútuos servicios; pero servicios, consejos, confidencias y conversaciones, todo fue dirigido por la virtud.

Isabel debió convencerse profundamente de que su corazon, despues de haberse unido al corazon de María, concebia para Dios sentimientos aun mas vivos que antes.



Y María, que no encuentra en Isabel ningun obstáculo para la perfeccion de sus sentimientos hácia Dios, hace tantos progresos en santidad en la casa de su parienta, como si hubiese permanecido en su retiro de Nazaret.

Si la virtud no forma así vuestras amistades, únicamente tendreis *amigos para la mesa*, como dice la Santa Escritura; *amigos de circunstancias nada mas.*

Serán amigos cuando puedan sacar alguna ventaja de vuestra prosperidad; pero si llegais á empobrecer, dejarán de serlo.

Procurarán corregir vuestros vicios, cuyo deshonor pueda llegar hasta ellos. En cuanto á los que el cristianismo combate, pero que el mundo favorece y que algunos tienen como honoríficos, ellos serán los primeros en proporcionarlos.

Todos quieren tener buenos amigos; mas ninguno se cuida de saber que la eleccion de un amigo es uno de los negocios que mas interesan y de la mayor importancia; pues muchas veces interesa

mucho un buen amigo para la salvacion del alma, y contribuye bastante con sus buenos consejos.

Conoced lo que es y cuánto vale un verdadero amigo. Un amigo verdadero nos ayuda en la necesidad, nos consuela en nuestras aflicciones, aclarece nuestras dudas, nos conduce por la senda del deber, nos guia á la virtud, nos anima con sus palabras y ejemplos á practicar nuestras obligaciones, parte su pan con nosotros, enjuga nuestras lágrimas y es uno de los mejores presentes que nos ha hecho el bondadoso Padre de las misericordias.

Pero es difícil encontrar un amigo que reuna estas cualidades, porque en la eleccion de un amigo varias veces se consulta á la virtud.

Amad á la virtud con todo vuestro corazon, y ella hará que encontreis un buen amigo, un amigo á quien podais decir, *es otro yo.*

¿Por qué vemos todos los dias tantas amistades, que en un principio nos parecen tan sinceras y leales, y que de re-



pente suelen cambiarse muchas veces en aversion? Porque el vicio las habia formado.

Pero la amistad basada sobre la virtud jamás halla término. Ni una ausencia, ni una distancia necesaria pueden separar dos corazones.

Separáronse, en fin, María é Isabel, pero las impresiones de virtud que el corazon de la una habia hecho en el de la otra, eran muy profundas para que pudieran olvidarlas jamás.

Todos los dias la oracion las unia delante el trono de Dios; y hoy unidas se encuentran en el cielo.

CAPITULO XX.

De la confianza en Dios.

Dios habia dado á María vírgen un esposo vírgen; José, *hombre justo*, que habia resuelto, como ella, guardar la virginidad mas estricta.

Sin embargo, María llevaba en su


Ruega por mi, castísimo esposo de María.
A. Gabriel del.

seno al *hijo del Altísimo*. José ignoraba este misterio, y pensó abandonar secretamente á su esposa.

María, llena de confianza en Dios, dejó al mismo Dios el cuidado de hacer conocer su inocencia.

No dudó María que la Providencia daria por fin á su esposo José las luces que necesitaba para conocer las circunstancias especiales en que se encontraba; y José fue efectivamente instruido por un ángel.

Llenos de confianza en el Señor, descubridle, á semejanza de María, lo que hay en vuestro corazon; hacedle presentes vuestras necesidades, y él os dará todo cuanto podeis esperar de su infinita bondad.

Os quejais muchas veces porque el Señor no os socorre en vuestras aflicciones; pero para socorreros espera que le pidais.

El Señor sabe muy bien lo que necesitais, y conoce perfectamente el estado en que os hallais; pero si no le pedis con entera confianza, ¿habeis de decir

por eso que no sabe lo que os falta?

En vuestros peligros, en vuestros temores, en vuestras tristezas, en medio de todos los azares de la vida, sed prudentes; pedid consejo; pero nunca olvideis que Dios debe ser ante todo vuestro primer socorro, y al que únicamente debeis elevar vuestras súplicas humildes.

Es necesario que obremos por nuestra parte como si nada esperásemos de Dios; pero tambien es necesario que tengamos entendido, que todo lo debemos esperar de Dios, sin cuyo socorro todos nuestros esfuerzos serian vanos é infructuosos.

Los hombres ni tienen poder ni voluntad, ni luces suficientes para ayudarnos y socorrernos, si no lo reciben del mismo Dios.

Las desgracias y accidentes que os han quitado la salud, no han debilitado el poder de aquel Señor solo grande, solo fuerte, solo poderoso, que puede devolvérosla, y hacernos mas fuertes y dichosos.

La muerte os ha arrebatado una per-

sona que era vuestro sosten, que os servia de guia, pero no habeis perdido *aquella* que lo dirigia y hacia todo lo necesario para vuestros intereses espirituales.

La confianza en Dios es el mas grande homenage que podemos rendir á sus divinas perfecciones; es uno de los medios mas eficaces para obtener sus gracias y escelentes dones.

El justo *ha esperado en mí*—dice el Señor—*yo le libraré, yo le protegeré, yo oiré sus súplicas; porque no me aparto de él en las tribulaciones, y yo le sacaré victorioso de todas ellas.*

CAPITULO XXI.

De la obediencia.

María y José, descendientes de David, marcharon de Nazaret á Belen, para inscribirse en los registros, segun prevenia el edicto del emperador Augusto.

Esto era un tributo que debia pagarse á la vanidad de este principe; pero María

y José no examinaron la intencion. La órden era terminante, la obediencia posible: María y José obedecieron.

Si Augusto hubiese conocido á María, le hubiese dicho como Asuero á Estér:

«*Esta ley no se ha hecho para vos.*» Pero Augusto hizo que los dos esposos la cumpliesen del mismo modo que los demás. María obedeció como todos y mejor que todos, porque lo hizo con humildad, con paciencia y sin dar la menor muestra de aversion.

Ejemplo perfecto del respeto y de la sumision que debemos á los principales de la tierra, mientras no prevengan cosa alguna que se oponga á la obediencia que debemos á las leyes de Dios.

Los libros Santos están llenos de preceptos, de máximas y de ejemplos que nos enseñan á estar *sumisos á nuestros superiores con toda* especie de respeto, *no solamente á los que son buenos y pacíficos, sino tambien á los que tienen un carácter áspero y difícil.*

Esta virtud ha sido una de las que

mas distinguian á María: en su niñéz sumisa á los que estaban encargados de su educacion; despues á su esposo José, y finalmente á los Apóstoles, despues de la ascension de Jesus. María pasó toda su vida en la obediencia.

El mismo Jesus redujo á la obediencia todas las acciones que practicó por espacio de treinta años. El Evangelio únicamente nos dice estas cortas y admirables palabras: «*Jesus estaba sumiso á las órdenes de María y de José.*»

Enviado por su Padre para enseñar y *predicar el Evangelio á los pobres*, se distinguió singularmente.

Enviado para obrar con su muerte la redencion de los hombres, fué obediente hasta morir, y *hasta morir en una cruz.*

Así, Jesus y María condenan con sus ejemplos los pretestos que nosotros buscamos para huir de la obediencia nuestras dilaciones para cumplirla y las quejas que hacemos por que hemos obedecido.

No seria tan penosa la obediencia, si nos acostubrásemos á considerar que Dios

está en todo lo que nos mandan y practicamos.

Desobedeciendo á los que tienen derecho de mandarnos, desobedecemos al mismo Dios, de quien han recibido aquellos el derecho que tienen.

El superior que nos dá una órden, tal vez no será digno de nuestra sumision; pero el Soberano Señor á quien aquel representa, ¿no merece nuestra obediencia?

La accion mas pequeña hecha por obediencia, nó solamente es agradable á los ojos de Dios, cuyo lugar ocupan nuestros superiores en la tierra, sino que es un gran mérito á su vista; y tenga entendido el que la practique, que alcanzará una recompensa superior en el cielo; porque una de las virtudes mas resplandecientes y que mas precio tienen ante el sacrosanto trono del Altísimo, es la humildad.



LIBRO 2.°

EN DONDE SE CONSIDERA LA VIDA Y VIRTUDES DE LA SANTISIMA VÍRGEN, DESDE EL NACIMIENTO DE SU DIVINO HIJO EN BELEN, HASTA EL TIEMPO EN QUE LE VIÓ DERRAMAR SU SANGRE Y DAR SU VIDA SOBRE EL CALVARIO POR LA SALUD DE LOS HOMBRES.

CAPITULO I.

De la dicha de los pobres.

El siervo.

Yo considero con singular placer, ¡oh Vírgen purísima! la perfecta paz de que estaba llena vuestra alma en el portal de Belen, en donde disteis al mundo á vuestro hijo Jesus.

Los muchos desprecios que os han

hecho en Belen, cuando ibais pidiendo hospitalidad, no han podido alterar esa paz celestial de que gozais.

La Reina de los ángeles se miraba llena de placer al verse rodeada de unos pobres pastores. La Madre del dueño de las estaciones se ve con alegria en un miserable portal, espuesta á las injurias y efectos de la estacion mas rigurosa.

Vos, Madre mia, estábais mil veces mas contenta en aquel portal y en el estado de miseria en que os hallábais, que los ricos de Belen en medio de la opulencia en que vivian.

María.

Esto debe enseñarte, hijo mio, el poco caso que debes hacer de las riquezas de la tierra; y si te encuentras privado de ellas, enséñate á estar contento con la suerte que Dios te ha dado.

Los pobres, no hay duda, se miran y se tienen por desgraciados; pero no piensan que Jesucristo quiso que su Madre fuese pobre y que él mismo tuviese en su nacimiento por cuna un pobre y



Todo un Dios en un pesébre! ¡Que asombro!

A. Gabriel del.

muy pobre pesebre; y durante su vida careció de un lugar en donde reposase su cabeza; y en su muerte tuvo por lecho una cruz.

Los pobres debieran considerar su situacion, no para conocer su miseria segun el mundo, sino para apreciar su grandeza y su felicidad segun el Evangelio.

Hijo mio, el que vive en la abundancia se une mucho á la tierra, se olvida del cielo, las tentaciones que tiene son muy fuertes y las caidas harto frecuentes. Desear las riquezas es desear grandes peligros para la salud.

En vano se amontonan muchas riquezas durante la vida, porque en la hora de la muerte pesan mucho y nadie puede llevarlas consigo.

En la hora de la muerte únicamente queda la virtud: esta es la sola riqueza que nos acompaña; y el estado de indigencia nos proporciona muchas ocasiones de practicar la virtud.

El rico de quien os habla la Santa Escritura, *fue hundido en los infier-*

nas, mientras que Lázaro, aquel pobre Lázaro á quien el rico habia despreciado, despues de la muerte *fue llevado al cielo por mano de los mismos ángeles.*

El siervo.

¡Oh Santísima Vírgen, que habeis sido pobre en este mundo, pero rica en la fe! Alcanzadme la gracia de no apreciar ni desear, como Vos, mas que las riquezas que adornan al alma y la hacen agradable á los ojos de Dios.

CAPITULO II.

De la pobreza voluntaria y de la caridad para con los pobres.

El siervo.

Madre del Dios de las virtudes, ¿qué uso hicísteis de los ricos presentes que hicieron al niño Jesus los reyes que vinieron á adorarle desde el Oriente?

Estos presentes debieron sacaros del estado de pobreza en que os hallábais, aunque nada mas hubiese sido por un


Yo te adoro, Divino Infante, Rey y Señor de Cielos y tierra.
A. Gabriel del.

momento; pero uno de vuestros mayores siervos (1) nos dice, que aquellos presentes bien pronto pasaron á las manos de los pobres.

María.

Hijo mio, una Vírgen para quien Dios era el único bien, queria ser pobre, aunque ella en sí no podia serlo, por el mero hecho de tener á Dios de su parte.

Yo veia á Jesus, Rey de los cielos y Señor del mundo, que siendo muy rico se hizo pobre para enriquecer á los pobres con su pobreza; y yo cifraba toda mi dicha en imitarle.

¡Dichosos los pobres que están contentos con su suerte, por que imitan tambien al Divino modelo, y se despojan de los bienes y riquezas de este mundo para no pensar mas que en la adquisicion de las riquezas del amor de Dios y en los bienes del cielo!

Pero muchos de los que han abrazado el estado de perfeccion que Jesus aconse-

(1) San Buenaventura, meditaciones sobre la vida de Jesucristo, cap. 9.=(N. del A. original.)

jaba á *un jóven rico*, están bien distantes de la perfeccion que pide su estado.

Algunos se hacen pobres para imitar á Jesus, pero despues no quieren sufrir como el mismo Jesus los efectos de la pobreza.

Muchas veces el corazon tambien se une á los miserables bienes que se pueden reunir: ¡Cuán unido estaría á ellos si poseyese muchos!

Puédese decir que uno se hace pobre por Jesus, cuando sin las embarazosas riquezas del mundo, se desean comodidades.

Jesus naciendo en Belen, viviendo en Nazaret, muriendo sobre el Calvario: hé aquí el verdadero modelo que han pretendido copiar todos los que se han empobrecido voluntariamente por el amor de Jesus.

Este es tambien el modelo que todo cristiano que posea riquezas debe procurar seguir, desatándose sinceramente, de corazon y de espíritu, de los bienes que posea.

Jesus al venir á la tierra no vino rico

y dichoso en el sentido que el mundo dá á estas palabras. Jesus despreció y hasta maldijo las riquezas. Es pues necesario que sean despreciables, y que el lazo que nos une á ellas no nos impida alcanzar la salvacion eterna.

Los bienes de la tierra son vanos, perecederos, livianos: son tierra, polvo, nada, escepto para aquellos que los cambian por los de la eternidad.

Los bienes eternos pueden en cierto modo cambiarse por los de la tierra, cuando se reparten entre los pobres, segun el poder y estado de cada uno.

Si Dios ha dado muchas riquezas, es tambien necesario dar á los pobres, segun las espresiones del anciano Tobias; y si dá pocas, es menester tambien portarse de modo que los pobres tengan algo de ese poco que Dios dá.

La caridad para con los pobres es una obra de obligacion y no de devocion: el mismo Dios no se contenta con aconsejarla; sino que la ordena tambien. El rico maldito se condenó miserablemente por no haber querido practicar este de-

ber en la persona del pobre Lázaro.

Además, el mismo Jesus ha dicho que miraria como hecha á él mismo toda accion practicada en favor de los pobres. Hijo mio, ¿quién podrá ver sin conmoverse á Jesus sufriendo en los pobres? El que hoy le mire sin compasion, esté segura de que vendrá un dia en que verá á Jesus desnudo de misericordia.

Dar á un pobre es dar al mismo Jesus. ¿Puéde haber un motivo mas grande para que un cristiano abra sus ojos y su corazon al pobre y le dé el suspirado remedio?

¡Ay! ¡Cuántos cristianos que quieren justificar con fútiles pretestos su dureza para con los pobres, encontrarian si quisiesen, medios suficientes para consolarlos, renunciando al lujo y á las vanidades del siglo, á las que todo cristiano debe renunciar.

CAPITULO III.

Necesidad y ventajas de la meditacion.

El siervo.

¿Qué haciais Vos, María, y de qué os ocupábais en el establo de Belen?

María.

Hijo mio, todo cuanto sucedia ante mis ojos, era para mi un objeto de meditaciones y reflexion. Nada dejaba pasar desapercibido; todo cuanto ocurría lo repasaba con cuidado en mi mente.

Muchos judios oian con estrañeza y placer el relato de las maravillas ocurridas al tiempo de nacer Jesus, pero no las meditaban como debian haberlo hecho.

Esta meditacion les hubiese encendido, como á mí, en el amor de Jesus, y les hubiese arrastrado hasta el pie del pesebre.

¿Puédese reflexionar seriamente sobre todo lo que Dios ha hecho en favor del hombre sin conmoverse y sin sentirse arrastrado á amarle de todo corazon?

No hay cosa, hijo mio, tan capaz de cambiar tu corazon, como la misma meditacion; y no hay cosa tan capaz de arrancarle de los objetos de este mísero mundo, y de infundirle el deseo de gustar las bellezas celestiales.

En la meditacion es, sobre todo, en donde habla la gracia divina al hombre; en donde se le acusa de sus ingratitudes y faltas; la meditacion es la que anima y enseña al hombre con palpables ejemplos á amar á Dios con toda la pureza que debe ser amado y servido.

Con solo un cuarto de hora que pases cada dia meditando al pie del altar ó ante un crucifijo, sobre las grandezas de Dios, sobre sus misericordias, amenazas y promesas, podrás decir que sabes mas que todos aquellos sabios cuyas obras lo enseñan todo menos la ciencia de la salvacion, menos el temor de Dios, principio de toda sabiduria y fuente de la dicha mas completa.

¿De qué sirve al hombre haber enriquecido su espíritu con todos los conocimientos útiles y honrosos segun el mun-

do, sino ha aprendido la ciencia de los santos, esa ciencia que hace santos á los hombres que la cultivan?

No pasas ningun dia, hijo mio, sin reflexionar seriamente sobre los intereses temporales y pasageros, y te olvidas de pensar un momento en el interés de la salud y perfeccion, siendo este el solo y verdadero que mas te interesa.

«Dichoso el hombre, dice el Espíritu Santo, que medita dia y noche en el estudio de la ley de Dios!"

«Será como el árbol plantado en la orilla de un arroyo, que cria siempre el fruto á su tiempo y conserva su hermosura y su verdor."

Pide á Jesus sin cesar la gracia de vencer las malas tentaciones, en que el demonio quiere dejarte caer, y dedícate al estudio de la ley divina.

De este modo sacarás grandes ventajas, no solamente para tí, sino tambien para todas las personas que te rodean y para las que están confiadas á tu cuidado.

CAPITULO IV.

De la observancia de la ley de Dios.

La Santísima Vírgen, observando la ley de la purificacion, que no se habia hecho para ella, se humilló hasta reducirse al órden comun de las mugeres, de quien Dios la habia distinguido tan gloriosamente.

Pero como al hacer Dios la ley no puso escepciones, María obedeció sin tardanza y sin reparo.

Parece que presentando su hijo al templo, segun la ley, le confundia con los demás hijos de los hombres.

Pero la ley dice, que las madres deben presentar en el templo y ofrecer á Dios sus hijos primogénitos. El padre celestial hará resplandecer cuando lo crea conveniente la gloria de Jesus. María no pensó mas que en obedecer.

Ejemplo que confunde y deshace todos los pretestos que buscamos para dis-

pensarnos de la pronta y exacta obediencia de la ley de Dios.

Mas cualesquiera que sean estos pretestos, jamás podrán disminuir nuestras obligaciones.

Si uno se consulta á sí mismo, ó si consulta al mundo, antes de decidirse á prestar á Dios la obediencia que se le debe, no le obedecerá, ó al menos lo hará limitando sus deberes, porque la ley de Dios se opone á nuestras inclinaciones y á las leyes del mundo.

¿Quién se atreveria á infringir los mandamientos de Dios con la frecuencia que se infringen, si se pensase con cuidado en la grandeza del Señor que manda y en la audacia del hombre que osa desobedecerle?

Nosotros disputamos á Dios una ligereza y exactitud en obedecerle, que exigimos duplicada de los que están bajo nuestra dependencia.

¡Cuántos por agradar al mundo se sujetan á sus caprichos y á sus mas despreciables usos, y cuando se trata de agradar á un Señor tan amable como vos,

Dios mio, y de cumplir vuestra santísima voluntad, la sujecion les parece demasiado dura!

Soberano Señor, vos que sois el solo que tiene derecho de querer sin que tengamos nosotros el de preguntar por qué quereis, «abrid mi corazon á vuestra ley."

«Vuestras palabras son la misma justicia y equidad: haced que caigan en mi corazon como el rocio."

«Temeros, Señor, y obedecer vuestros mandamientos, es lo que constituye el verdadero mérito del hombre."

CAPITULO V.

Del buen ejemplo.

María observa la ley de la purificacion por no dar motivo de escándalo á los judios que ignoran que es vírgen.

María la observa para dar á José, su esposo, y á los que estaban como él instruidos en el misterio, un ejemplo de obediencia ciega y generosa.

No omitais una accion á la que no estais obligados, si la omision puede causar escándalo; y aun si fuese necesario abandonar las dulzuras de vuestra contemplacion, no dudeis, abandonadlas, que esto es abandonar á Dios por Dios.

El que ama á Dios de todo corazon, busca medios para que le amen muchos; y el mejor medio para conseguir esto es enseñar á los demás con buenos ejemplos el modo de amarle y respetarle.

Las exhortaciones á la virtud hacen que se la ame; pero cuando el mismo que la exhorta la practica, hacen que la practiquen los demás. El ejemplo de los santos hace santos.

Los actos de virtud que ejercian los apóstoles y los primeros fieles eran tan poderosos para convertir á las almas como sus discursos y milagros.

Todos los que se hallan revestidos de alguna autoridad, deben procurar dar buenos ejemplos, para que las personas que están bajo su dependencia no dejen de conformarse con su conducta.

Y este cuidado pertenece mas direc-



tamente á los grandes. Si no tienen religion ni respeto á los mandatos de la Iglesia, pronto encuentran imitadores, porque cualquiera cree que es honroso hacerse libertino teniendo tales modelos.

Y ¿ serán mas grandes que María, la cual, como Madre de Dios, tenia todos los titulos de grandeza que ninguna criatura perfecta despues de Dios puede tener? Aprendan de ella á servirse del alto rango en que se ven colocados para gloria del ser inmenso que los ha criado.

CAPITULO VI.

Del amor y precio de las humillaciones.

¡Oh, Dios mio, la observacion de la ley de la purificacion debió ser una grande humillacion para vuestra Madre, porque aquella ley solo se hizo para las madres de los hombres.

El esplendor de la virginidad de que estaba tan celosa cuando el ángel le anunció el misterio de vuestra encarnacion,

quedó en cierto modo oscurecido por esta ceremonia religiosa.

Pero vuestra Madre queria, ¡oh, Salvador mio! imitar el ardiente deseo que vos teniais de glorificar á vuestro Padre con las humillaciones y los sufrimientos.

En vista de semejantes ejemplos ¿cómo pueden todavía aparecer á mi vista como objetos de deseo la estimacion de los hombres y los honores de este mundo?

No hay en el universo mas gloria para mí que la de parecerme á vos, ¡oh, Dios hecho hombre y á quien miro sobre la tierra siempre pobre, sufriendo y humillado!

De otra manera las humillaciones pueden ser enojosas; pero cuando se abrazan por vos, vos, Señor, las ennobleceis y aun divinizais.

Cuando vos me las enviais, yo debo recibirlas con el mismo reconocimiento con que aceptaria un pedazo de la verdadera cruz.

Así las han mirado vuestros santos que os daban gracias por los oprobios

que sufrian como si fuesen grandes beneficios.

Si yo no tengo los mismos sentimientos, es porque todavía soy un hombre terrestre y carnal, y porque no os amo tan sinceramente como á mi Dios.

Ah! cese yo antes de vivir que de amaros con todo mi corazon.

Desde hoy, Señor, espero con el auxilio de vuestra gracia, que cuanto mas multipliqueis en mí las humillaciones mas os bendeciré para que perfeccioneis en mí vuestra imágen.

CAPITULO VII.

Cómo debemos hacer á Dios los sacrificios que nos pide.

El siervo.

La ofrenda que las madres hacian á Dios en su templo de sus hijos primogenitos, les era poco costosa, pero la que vos, purísima Vírgen, hicisteis de Jesus, fué para vos un verdadero sacrificio.

Vos sabiais que debia dar un dia su

vida por la salvacion de los hombres; y ya lo ofreciais á Dios como víctima.

Vuestra alma comenzó desde entonces á ser *traspasada por la espada* de que os hablaba Simeon teniendo á Jesus en sus brazos.

Las madres de la tierra aman á sus hijos; pero sus hijos no son el único objeto de sus afecciones. ¡Cuánto lugar no dejan en su pecho á la vanidad! y ¡cuánto para sí mismas! Pero vos amábais á Jesus, y le amábais con todo vuestro corazon, porque le amábais á él solo. Y sin embargo, al momento de amanecer el dia de ir á ofrecerle á su Padre partis sin tardanza.

Digna hija de Abraham y heredera de su fé, vos ahogais todos los sentimientos materiales para escuchar solo la voz de Dios que os pide el sacrificio de lo que mas amais en la tierra.

Maria.

Hijo mio, siguiendo mi ejemplo, sé atento y generoso cuando Dios pide, sea cual fuese la cosa que pida.

No examines los sacrificios que te cuesta lo que exije de tí, sino para hacerlos mas agradables á sus ojos con tu prontitud y obediencia.

Cuando Dios manda ¿debe acaso el hombre averiguar si manda con justicia?

El mundo exije de sus servidores los sacrificios mas duros; pero basta solo que hable para que se le obedezca en todo inmediatamente. Y siendo Dios el Señor del universo, antes de darle lo que pide ¿habrémos de inquirir si pide demasiado?

Hijo mio, ¡cuán poco ama á Dios el que se prescribe á sí mismo límites en los testimonios de amor que le dá!

Avergüenzate de verte tan indiferente para con Dios. Avergüenzate de hacer tan poco por él despues que él ha hecho tanto por tí.

Parécete que á veces Dios te dá órdenes de difícil egecucion. Ay! hijo mio! aun te dará mas, porque es necesario merecer sus recompensas.

Ten presente que conservas todavía tu fortuna, reposo, salud, reputacion y hasta la misma vida.

Dios es un Señor que pide mas cada dia, porque él solo conoce el valor de los beneficios que nos hace en esta vida y el de los bienes que prepara en la otra á sus elegidos.

CAPITULO VIII.

Cómo se debe conducir un alma y qué sentimientos deben ocuparla cuando Dios observa con ella una conducta que le es incomprensible.

Dios hace conocer inmediatamente á María por medio de José, el cual ha sido instruido por el ministerio de un ángel, que es necesario sustraer al Niño Jesus del furor de Herodes, y salir para Egipto.

Pero Dios en su infinito poder, ¿no tiene recursos para cambiar el corazon de aquel príncipe? ¿No es indigno de un Dios ceder á la violencia de un hombre?

María no trata de descubrir los designios de Dios en la conducta que observa con ella.

La voluntad de Dios merece igualmente nuestro respeto, ora nos sea co-

nocida, ora nos sean incomprensibles sus razones.

¿Encontrará de que subsistir durante tan largo viaje y en medio de los desiertos y en la tierra estraña á donde vá? Tampoco trata de averiguarlo María.

El mismo Dios que le ha dado la órden de partir es bastante poderoso para hacer que halle medios de subsistencia en donde ella no los ve.

¿Permanecerá mucho tiempo en el destierro? Tampoco lo inquiere. Ya volverá cuando Dios le haga conocer que es tiempo de volver.

Dios le dará todavía órdenes mas incomprensibles, y su alma no perderá la tranquilidad.

¿Por qué no ha de estar tranquilo el que sabe que Dios le guia? ¿Hay acaso proteccion mas segura que la de la Providencia?

Vos me ordenais, Señor, que marche por caminos desconocidos: pues bien, cúmplase vuestro mandato; vuestra voluntad me determina á partir.

No sé á donde voy; pero estoy segu-

ro de que si me dejo conducir por un guia tan sabio como vos, no me perderé.

Nos abandonamos á la voluntad de un hombre tenido por prudente y esperto, y ¿podré desconfiar, ¡oh sabiduria eterna! cuando sois vos el que me dirige?

Vuestra providencia se complace muchas veces en llegar á sus fines por medios que parecen ser contrarios.

Así, pues, por maravillosos que sean vuestros designios respecto á mí, estoy contento con adorarlos. Vos podeis hacer mas de lo que puedo yo comprender.

Vos disponeis siempre de todo para nuestro bien, aunque nosotros no lo comprendamos nunca.

Quiero tener para vuestras órdenes, aunque no comprenda sus fines, la sumision que tengo para las verdades que vos me habeis revelado.

Aunque yo no conciba estas verdades, no estoy menos seguro de ellas que si las viese claramente, porque vos sois, Señor, el que las ha dicho.

CAPITULO IX.

Cuan desgraciada es el alma que ha perdido á Jesus.

La pérdida inocente que esperimentó María en Jesus el dia que fueron juntos á Jerusalem, ¡cuántas lágrimas le costó!

¡Oh, Salvador mio! María no os perdió por falta suya, y sin embargo lloraba amargamente. ¡Cuánto dolor no debo yo esperimentar que os he perdido por mis iniquidades!

María solo perdió la presencia corporal de Jesus, y conservaba su amistad entera; pero yo he perdido lo que hay de mas caro en el mundo, porque he perdido la gracia y la amistad de Jesus.

El mundo y sus placeres á quien he amado mas que á Jesus, ¿puéden reintegrarme de la pérdida que he sufrido?

El que ha perdido á Jesus, si conociese su desgracia daria por encontrarlo todas las riquezas, honores y placeres de la tierra.

Una esposa, sino es insensible, ¿pué-

de tranquilizarse y tener paz cuando ha perdido al mas tierno de los esposos?

Un hijo, si no es desnaturalizado, ¿puéde estar sin dolor cuando ha perdido al mejor de los padres?

Padre de misericordia, volved vuestra dulce amistad á vuestro hijo; divino esposo de nuestras almas, dad á la mia vuestro amor.

Compadeceos de las lágrimas que corren por mis megillas; corren en abundancia porque conozco cuánto vale lo que he perdido.

¡Cuán estrecho es mi corazon para detestar mis ingratitudes! ¡Oh! no; los corazones juntos de todos los hombres no bastarian para detestar todas mis iniquidades, porque son iguales á la desgracia que he tenido en cometerlas.

Como soy el mayor de los ingratos imploro, Señor, vuestra mayor misericordia; ella suplirá lo que me falta y que yo quisiera tener para arrepentirme.

Yo he merecido los golpes mas rudos de vuestra justicia. Castigad á este rebel-



de, pero dadle el lugar que ha perdido en vuestro corazon.

Señor, quitadme todo lo que pueda agradarme en este mundo, bienes temporales, aprecio de los hombres, con tal que yo os ame siempre.

CAPITULO X.

Cómo debe buscar á Jesus el que ha tenido la desgracia de perderle.

Muchas veces sucede que se busca á Jesus despues de haberle perdido, y no se le halla porque no se le busca como es menester buscarlo.

Pues algunos le buscan de un modo que parece se han de enojar si lo encuentran.

Otras veces no le hallan porque le buscan en donde jamás se encontró.

Inmediatamente vió María que Jesus no estaba á su lado comenzó á buscarlo. Lo busca con presteza, y para encontrarlo irá, si es menester, hasta el fin del mundo.

Por todas partes pregunta; vuelve á Jerusalem, y no hallándole en la ciudad, le busca en el templo en donde por fin le encuentra.

Tú has perdido á Jesus, alma mia; despues de tal pérdida no puede haber tranquilidad: búscale pronto, búscale con ardor y lo encontrarás.

No busques á Jesus en el bullicio del mundo, pues es su enemigo declarado.

Consulta los oráculos del Evangelio, pregunta á los santos, á los ministros del Señor, y ellos te dirán en dónde podrás hallarlo.

Tú encontrarás á Jesus en el templo, en la casa de la oracion y del recogimiento.

¡Cuán satisfecha estarás, alma mia, cuando le hayas encontrado! Sin él ¿puéde haber paz ni dicha alguna?

El que encuentra á Jesus luego conoce que tesoro tan grande bien merece la pena de ser buscado.

CAPITULO XI.

Lo que debe hacer el alma que ha encontrado á Jesus si quiere conservarlo.—De la felicidad en los asuntos menores.

El siervo.

Yo he hallado al amado de mi alma: ya lo poseo. ¡Ay de mí! ¿Le perderé otra vez?

¿Cuándo podré poseerle con vos, dichosísima Vírgen, y con los santos sin temor de perderle?

Para conservar la dicha de que gozo ahora, imitaré el cuidado que vos teniais de evitar todo lo que podia desagradar á Jesus y de hacer todo lo que podia complacerle.

Porque solo se pierde á Jesus por falta de vigilancia. Los hombres, los demonios pueden quitarnos todo lo que poseemos menos á Jesus; pues solo le perdemos por culpa nuestra.

Maria.

Yo perdí la presencia corporal y sen-

sible de Jesus, pero no perdí su amor. Pero tú, hijo mio, por tu negligencia has merecido, en efecto, perder á Jesus y su amor.

Y no tardarás mucho á esperimentar la misma pérdida sino tratas de tener atencion y de precaverte.

Tú no te cuidas de evitar las faltas leves, y dejas pasar todos los dias muchas ocasiones de practicar la virtud, á pesar de que Jesus te inspira para que las aproveches.

El siervo.

Lleno de gratitud escucho el reproche que me haces, Vírgen purísima, modelo de justicia, refugio de pecadores. Dignaos darme vuestras instrucciones para que ya no lo merezca.

Maria.

Hijo mio, el que ama á Jesus por algun fin particular, ó no le ama por ser quien es, no ama á Jesus como debe ser amado, y se espone al peligro de perderlo.

Las faltas leves que mirais como nada

y que muchas almas indiferentes tienen como cosas de poca entidad, te van separando poco á poco de Jesus, y Jesus se separa tambien poco á poco de tí.

Jesus es el esposo de tu alma; pero es un esposo *celoso:* quiere que se le ame á él solo.

El afecto, por débil que sea, que profesas á cualquier otro objeto, le desagrada mucho. No es esto un rompimiento con él, pero se acerca.

La negligencia con que haces lo que te ordena y evitas lo que te prohibe, es para él una señal de frialdad, y esta frialdad disminuye sus beneficios para contigo.

Llenas alguna vez los deberes que tienes para con Jesus, porque sabes qué no puedes evadirte de hacerlo así sin incurrir en la muerte eterna.

Si únicamente das á Jesus lo que necesariamente debes darle, mereces tambien que en tus necesidades espirituales te dé él estrictamente lo necesario nada mas.

Muchas veces en el curso de la vida



humana las deudas mas considerables y los mayores cambios de fortuna, proceden de haber despreciado los detalles mas insignificantes al parecer. Mas cierto es esto todavía en la vida espiritual.

No creas, hijo mio, que la fidelidad en las cosas pequeñas es un asunto de poca entidad. Ya ves las consecuencias.

La menor palabra dicha por la persona á quien amamos, nos es muy grata. Recibe, pues, con la disposicion de un corazon fiel y sumiso las menores inspiraciones de Jesus.

CAPITULO XII.

El alma fiel no debe desalentarse cuando le parece que Jesus se aparta de ella.

Jesus habia previsto la pena que su ausencia causaria á María. Pero queria probar su amor y al mismo tiempo estar en donde su padre lo llamaba.

Alma cristiana, Jesus parece apartarse de tí. *Espera* con paciencia su vuelta: *no desmayes; recobra nuevas fuer-*



zas: soporta en paz la conducta que observa contigo.

Aunque siempre esté Jesus á tu lado para darte su apoyo cuando lo reclames, conviene, sin embargo, que alguna vez parezca que se aparta de tí, para que comprendas cuán infeliz serias si le perdieses del todo.

Jesus envia á las almas sus consuelos para sostenerlas en sus penas, y permite despues que sean tentadas y combatidas para que no se jacten de las bondades que reciben de su mano.

Todos sus amigos han esperimentado estas vicisitudes de alegria y de tristeza, de devocion y tibieza, de paz y de tentacion.

Cuando su gracia te sostenia con dulzuras sensibles, marchabas con placer, con facilidad; pero no has adquirido quizás los méritos tan grandes como has creido.

Ahora puedes adquirirlos muy grandes, porque no es una virtud pequeña soportar con paciencia y sumision esa especie de abandono en que el corazon se encuentra algunas veces.

Espera con paciencia y humildad que te visite otra vez el divino Esposo.

Hoy mismo puede ser que le vuelvas á ver tan amable y bondadoso como antes. La prueba no fué larga para María.

No murmures: Jesus nada te debe. Si acaso te quejas, quejate como María, la cual, mas con el corazon que con los labios, se quejaba de la ausencia de su hijo cuando le encontró.

—Hijo mio, le decia; *¿por qué has hecho eso conmigo? Estábamos en la mayor afliccion* por haberte perdido.

Tú dirás: —Dios mio, ¿por qué habeis sometido mí corazon á tan ruda prueba? Ya veis cuánto he sufrido.

¿Serán mis faltas las que os hayan obligado á separaros de mí?

Si he cometido alguna, el sincero arrepentimiento que tengo con el ausilio de vuestra gracia me hace esperar que será la última.

Pero sea cual fuese el motivo de vuestra conducta respecto á mí, me someto á ser probado de la manera que os plazca y por el tiempo que gusteis, con tal que

yo conserve siempre vuestro amor en mi corazon.

CAPITULO XIII.

De la vida retirada.

El siervo.

¿Por qué, purísima Vírgen, permanecisteis tantos años retirada y desconocida en vuestra casita de Nazaret?

Vuestra presencia y vuestra palabra hubiese sido suficiente para atraer hácia Jesus todos los corazones y homenages, haciendo admirar á los hombres los misterios que no conocian.

Maria.

Hijo mio, yo queria tener mi gloria en imitar á Jesus que quiso permanecer largo tiempo en la tierra siendo *un Dios oculto*.

El vino á este mundo para enseñar con su doctrina á huir del bullicio, á ser

humilde. Con su vida retirada en Nazaret dá el ejemplo antes de instruir.

Complácete, hijo mio, en estar retirado, ignorado y en olvido. ¿Qué te importa el mundo y todo lo que le rodea? El mundo pasa y todas las cosas pasan y se van con él.

Un rinconcito de tierra en donde puedas vivir enteramente desconocido, teniendo por todo bien un crucifijo, debe agradarte infinitamente.

Allí encontrarás la fuente de lágrimas y de la compuncion para lavar tus iniquidades.

Allí uniendote cada vez mas familiarmente á Jesus, encontrarás en su amor los goces del cielo.

La vida retirada te parece triste porque no has gustado sus dulzuras.

Si hubieses comenzado á gustarlas, conocerias cuán livianos son los placeres del mundo y cuán insensatos los que corren detrás de ellos.

Pocos hombres hay que viven en paz, pocos que sean justos y retirados, porque tambien hay pocos que se separan

del bullicio para vivir solos con Jesus.

Yo poseia á Jesus en Nazaret: yo tenia su amor y él tenia el mio. ¿Qué más se necesita, hijo mio, para ser dichoso?

En semejante vida puedes sobreponerte á las burlas y desprecios de los hombres que se maravillan de que no encuentres gusto en sus diversiones; pero sus mismas burlas y desprecios son de grande ventaja, pues que sirven para unirte más á Jesus si le buscas á él solo.

Pídele una de esas vivísimas luces que ha dado á sus santos y que los han iluminado sobre la dicha de una vida retirada en Dios y con Jesucristo.

CAPITULO XIV.

De la vida interior.

Siervos de María, uno de los rasgos principales del modelo de santidad que veis en esta Vírgen y que debeis procu-

rar imprimir en vosotros, es su vida interior.

Lo que conocemos de sus actos esteriores es nada comparado con lo que pasaba en sí misma.

Considerad á María en su casa de Nazaret; penetrad en espíritu en su interior y estudiadla.

Mirad con qué atencion observa todos los movimientos de su corazon para que todos se dirijan á Dios.

Ved como las criaturas, lejos de distraerla, le ayudan á elevar su alma hácia el Criador.

Velar sobre sí mismo, sobre el corazon, para que todos los afectos se dirijan á Dios, y sobre el espíritu para que sirva para elevar los pensamientos á Dios, es lo que constituye la vida interior ó contemplativa.

Esta vigilancia es como el ojo que siempre está abierto y distingue lo que procede de la naturaleza para reprimirlo y de la gracia para corresponderlo.

Sin esta vigilancia se cometen frecuentes faltas y grandes pérdidas, pero

con ella, sin hacer nada de estraordinario esteriormente, se practican con frecuencia escelentes actos de virtud.

¡Cuántos santos solitarios y vírgenes castísimas han arribado al primer rango de los bienaventurados por solo el mérito de la vida interior!

No gustarás *esa paz y esa alegria que vienen del Espíritu Santo* hasta que seas un hombre interior.

Tened vuestra complacencia en pensar en Dios; buscad á Dios en todo, y referid á Dios todos vuestros actos: de este modo encontrareis *en vosotros mismos el reino de Dios.*

La mayor parte de los hombres están siempre en la mayor turbacion; siempre entre lamentos, porque llevan una vida disipada absolutamente esterior.

Además la vida interior es propia de todos los tiempos. En las mismas enfermedades y en medio de las ocupaciones mas embarazosas se puede practicar.

No hay situacion en la vida que pueda impedir el pararse á considerar lo que pasa en nuestro interior.

Pero, sobre todo, si Dios os llama á egercer algun ministerio de celo, entregaos á la vida interior. Sin ella os separareis mucho de Dios y os buscareis mas á vosotros mismos que á Dios.

Sin la vida contemplativa no se servirá Dios de vosotros para contribuir al progreso de las almas en la virtud.

Porque no podreis hacer practicar á los demás lo que desconoceis vosotros mismos.

CAPITULO XV.

Los deberes del estado.

Pocas veces pide Dios que le manifestemos nuestro amor con actos brillantes. Este amor, en una constante fidelidad, aparece en los mas insignificantes deberes del estado.

Por esta fidelidad adquirió María los méritos que la han elevado á mayor altura que los ángeles.

Treinta años permaneció retirada en

Nazaret con su hijo Jesus. Su cuidado principal consistia allí en educar á su divino hijo, en merecer siempre mas la confianza de su Esposo y en proporcionar lo necesario á su familia con un trabajo proporcionado á sus fuerzas.

Aprended con su ejemplo á practicar lo que debeis con preferencia, si quereis conseguir la santidad.

¡Cuánto se engañan los que descuidan las ocupaciones propias del estado en que Dios los ha colocado, para dedicarse á otros que creen erróneamente que deben ser mas agradables á Dios!

No agradan tanto á Dios las acciones que practicamos como la intencion con que las hacemos y la conformidad que tienen con la voluntad de Dios.

Dios quiere de vosotros la continuidad de actos pequeños, y vosotros quereis hacerlos grandes. De aquí resultará que no practicareis bien los unos ni los otros.

¡*Marta*, *Marta*! ¡Cuánto te afanas en vano! y os engañais queriendo hacer mas de lo que Dios quiere que hagais.

Solo hay una cosa necesaria: y es hacer lo mas pequeño que Dios pide de vosotros con el mismo fervor que tendriais haciendo lo mas grande si Dios lo mandase.

Son escelentes obras de cristiano frecuentar los templos, hacer oracion, visitar los enfermos. Pero si practicais estas obras cuando no es tiempo, no podeis decir que cumplis con la voluntad de Dios.

Muchas personas que creeis no adquieren ningun mérito para alcanzar el cielo, adquirirán sin embargo mas méritos que vosotros con la fidelidad que guardan y que no comprendeis, llenando los mas pequeños deberes de su estado.

El Señor de quien habla el Evangelio no dice á su siervo: *toma parte en la alegria de tu Señor*, porque has hecho grandes cosas, sino *porque has sido fiel en lo pequeño.*

CAPITULO XVI.

Cómo debe santificarse el trabajo y las diversas ocupaciones del dia.

Maria.

Hijo mio, los deberes de tu estado te tienen muy solícito, pero de tal modo ocupan tu espíritu que no piensas un momento en Dios.

El siervo.

Dignaos enseñarme, Vírgen siempre fiel y vigilante, á imitar la union que teniais con Dios durante vuestro trabajo y las diferentes ocupaciones de vuestro estado.

Maria.

Hijo mio, el trabajo de las manos y hasta las mismas ocupaciones que mas embarazan y fatigan, son incapaces de interrumpir en un hombre contemplativo y mental, su union con Dios.

Procura que la voluntad de Dios di-

rija todas tus acciones; ten intencion de agradar á Dios y no á los hombres, de este modo pensarás mas en él.

Si te dedicas al trabajo por gusto, por costumbre, por obligacion, por recreo ó por cualquier otro motivo puramente humano, ¿te sorprende que no siendo Dios el principio por quien obras, no ocupe durante horas enteras uno solo de tus afectos?

No digas que no puedes pensar en dos cosas á la vez: el corazon dice en un momento á Dios todo lo que tiene que decirle.

Marta trabajaba para Jesus, y no se distraia de sus obligaciones cuando le hablaba.

Mientras trabajas estás tambien ocupado con los que te rodean. ¿Pues por qué no te ocupas tambien de Dios que está presente á todos tus actos?

Su conversacion, bien diferente de las conversaciones humanas, *nada tiene de desagradable ni enojosa*, antes al contrario, tiene la ventaja de poderse gozar de sus dulzuras en todas las ocupa-

ciones y en cualquier clase de trabajo.

Cuando comiences el trabajo haz presente á Dios el placer que esperimentas llenando su voluntad.

Ofrécele tu trabajo en recompensa de todos los que Jesus padeció por tu salvacion.

Si obtienes buen resultado de tus ocupaciones, dá gracias al que te lo proporciona; si no lo obtuvieres, sométele á la mortificacion que Dios permite para probar tu paciencia.

Los actos que practiques en union con Dios, aun los mas pequeños y despreciables en la apariencia; serán elevados hasta hacerte merecer un nuevo grado de gloria en el cielo.

CAPITULO XVII.

Del amor que debemos profesar á Jesus.

Los hombres no os conocian, ¡oh Salvador mio! cuando viviais en Nazaret. Ellos os despreciaban y os abandonaban;

pero vos teneis el consuelo de ser amado sincera, ardiente y constantemente de vuestra Santa Madre.

Conociendo vuestra divinidad, vuestra santidad y perfecciones infinitas, María os profesaba el amor mas vivo y mas tierno; os amaba mas que todos los ángeles y los santos os amaron, os aman y os amarán.

El amor que os profesaba no era el producido por los lazos de la sangre ni la conformidad de las inclinaciones; era un amor divino, porque en vos veia un Hijo que era Dios y hombre á un tiempo mismo.

María os amaba; y este amor producia en ella sin cesar dos deseos ardientes; uno era el de amaros, siempre mas, y el otro, que todas las criaturas racionales os amasen con ella y tanto como ella.

¡Oh Jesus mio! pídoos, por el amor que María os profesa, me concedais algunos resplandores del sagrado fuego que la abrasaba.

Solo vuestro amor deja al corazon contento y tranquilo: nada puede ser

grato mucho tiempo sin este amor.

¿Qué puede gustar de agradable en este mundo el que no gusta la amabilidad de Jesus?

Cuanto mas se ama á Jesus mas se siente el placer de amar al que es verdadera é infinitamente digno de nuestro amor.

Todos los diversos objetos de afeccion que presenta esta vida, *pasan como la flor de la yerba*. Pero vos, Jesus, nunca mudais. Vos permaneceis siempre el mismo; tan amable en los siglos de los siglos como hoy.

Yo quiero un objeto de amor que nunca perezca, y que, lejos de serme robado en la muerte, sea en ella mi eterna posesion.

Solo Jesus es el amigo fiel y constante, que nunca falta, mientras que todos los demás amigos nos abandonan.

Una sola palabra de este amigo llena el alma de alegria cuando se encuentra en la mayor afliccion. Entonces todos los demás amigos son únicamente unos *consoladores importunos*. (*Job.*)

¿Qué disgusto, qué tristeza puedo yo esperimentar, ni qué enemigo puede afligirme, si tengo el amor de Jesus en mi corazon?

Si Jesus reina y tiene su trono en mi corazon, soy mas poderoso que todos los reyes juntos.

El amor de Jesus es un tesoro con el cual no se necesitan las riquezas del mundo. ¿No tiene Jesus con qué contentar al corazon que le ama?

Dios mio, quiero amaros, pero amaros de modo que no pueda yo amar otra cosa aparte de vos, ni tanto como á vos ni sin vuestro amor.

CAPITULO XVIII.

Del ejemplo de Jesus.

Maria.

Hijo mio, no pertenezcas al número de esos hombres cuyas palabras son magníficas, y sin embargo se ven desmentidas al momento por su conducta.

En ciertos momentos de fervor los sentimientos son escelentes, pero despues cuando es necesario obrar, no hay cosa mas débil que la accion.

El grande testimonio de amor que Jesus espera de *tí*, consiste en que te apliques á conformar tu vida con los ejemplos de virtud que él ha dado.

El siervo.

Reina de las virtudes, esta fue vuestra conducta durante los años que permanecisteis con él en Nazaret.

El Evangelio nos dice, que durante todo este tiempo, Jesus *estaba sometido* á vos y á José. Y añade: *Su Madre conservaba todo esto en su memoria.*

Es decir, que vos estudiábais todas las palabras, todas las acciones de vuestro Hijo, y las meditais sin cesar para conformar vuestra conducta.

Maria.

Sí, hijo mio, este estudio era mi principal ocupacion, sea la tuya tambien meditar la vida de Jesus para imitarle.

Para imitar á Jesus con dulzura y humildad de corazon, no te quejes de tus sufrimientos, y vuelve bien por mal. Huye de los honores de este mundo y ama el desprecio.

Jesus *no procuró darse gusto á sí propio*. La gloria de Dios y el cumplimiento de su voluntad sean el principio y el fin de tus acciones.

Jesus *es el camino*, *la verdad y la vida*. En sus ejemplos hallarás el *camino* por donde andar, la *verdad* que debes escuchar y los medios de conservar la *vida* de tu alma.

CAPITULO XIX.

De la oracion.

En el festin de las bodas de Canaá, en donde se encontraba María con Jesus y sus discípulos, faltó el vino. Enternecida María por la confusion que iban á esperimentar los dos esposos, hizo presente á Jesus aquella necesidad.

Dios es dueño de sus dones; puede ponerles el precio que quiera y no concederlos hasta que se los pidan.

Es demasiado bueno para desechar á nadie y demasiado rico para no dar á todos. El mismo nos dice que *todo el que pide alcanza.* ¿Cómo, pues, eres tan tardo en pedirle gracias para tí y para los demás, hijo mio?

La plegaria de María es breve. Dios no exije de nosotros oraciones rebuscadas y estudiadas, pues no ignora ninguna de nuestras necesidades.

Solo exije para concedernos que le pidamos lo que sabemos es para mayor gloria suya y santificacion nuestra, ó lo que no sea contrario á uno ni á otro, siempre que se lo pidamos con sumision á su voluntad.

Una oracion corta pero humilde y ferviente, una simple elevacion del corazon hacia su soberana Magestad, obtiene muchas veces los favores mas preciosos.

Jesus responde á María de un modo que, al parecer, no le dá esperanza al-

guna; y sin embargo María no desespera.

Llena de confianza en la bondad de Jesus, dice á los que servian: *haced todo lo que él os diga.* Y Jesus obra por fin el milagro que María deseaba.

No desconfieis aun cuando no obtengais lo que deseais en el instante de pedir.

Por ferviente que sea vuestra oracion, parece que Jesus os dice como á María que *su hora no ha llegado todavía.* Pero si vuestra confianza no disminuye, esa hora llegará.

El que quiere señalar límites á la bondad de Dios para que nos haga conocer sus efectos dentro del término prescrito, es indigno de sus beneficios.

CAPITULO XX.

Del poder de María con Dios en favor de los hombres.

El primer milagro de santificacion, y, segun San Juan el primer milagro este-

rior y público que el Salvador obró en la tierra, fué por intercesion de María; el primero en la visita que hizo á Isabel, y el segundo en las bodas de Canaá.

En la visita que María hizo á Isabel, *al momento que María dejó oir su voz*, Isabel quedó *llena del Espíritu Santo*, y Juan Bautista, santificado en el seno de su madre, ejerció ya el oficio de precursor, dando á Jesucristo con sus *movimientos* el testimonio que su lengua no podia darle todavía.

Estas gracias singulares unidas á la visita de la Madre de Dios, nos enseñan las gracias de salud que podemos y debemos esperar del cielo por su mediacion.

En las bodas de Canaá hizo María lo que todavía hace hoy por sus siervos, cuyas penas y miserias no puede ver sin llenarse de compasion y de ternura.

Cuanto aventaja esta Vírgen en méritos á los santos, les aventaja tambien en amor y caridad por los hombres.

Por sus ruegos adelantó Jesus en la tierra el tiempo de sus milagros, para hacernos conocer el afecto que la tiene y

para establecer nuestra confianza en ella.

Despues de estos primeros testimonios y declaraciones auténticas del poder de María, y de la eficacia de su mediacion, todos los pueblos de la tierra han conocido muchas veces sus efectos.

¿Cómo no se interesaria María por nosotros, cuando ve que el mismo Hijo de Dios tomó carne en su seno por nosotros?

Siendo Madre de Jesus, ¿cómo es posible que olvide á los hermanos de Jesus, á los miembros y á los coherederos de Jesus?

En cualquier ocasion que esto pueda suceder, sea con relacion á los bienes espirituales ó aun con relacion á los bienes temporales, María será para nosotros un recurso infalible, porque esta Vírgen estiende á todo su misericordia.

Salomon decia á Bethsabé que era justo escucharla favorablemente, porque era su madre. ¿Puéde María, cuando ruega por nosotros, dejar de conseguir nuestro consuelo en un tribunal en don-

de tiene derechos mil veces mas santos y mas naturales que Bethsabé?

Vírgen bendita en el cielo y en la tierra, yo me acojo enteramente á vuestra proteccion; proteccion segura que jamás falta; proteccion omnipotente que triunfa de todos los obstáculos; proteccion universal de la que nadie está escluido.

Como hijo culpable á los ojos de mi padre é indigno de que Dios me escuche, os elijo por mi mediadora para con él.

Madre de mi Dios, dignaos velar sobre mi conducta y arreglar mis pasos en todos tiempos y lugares; porque todos los peligros, no solo temporales sino tambien espirituales, están sembrados por todas partes.

Pidoos principalmente vuestra asistencia para aquel dia fatal, despues del cual ya no hay tiempo que esperar ni gracias que obtener; para aquella hora crítica y decisiva que debe terminar mi carrera y dar principio á mi eternidad.

No permitais que, escudado con la viva esperanza que tengo en vuestra pro-

teccion, me duerma y me confunda en una ociosidad criminal; porque no es este el deber de vuestros siervos.

Pero ayudado por la gracia de Jesus que os ruego me obtengais, secundaré vuestros cuidados, obraré de conformidad con vos, para que pueda llegar á esa mansion de delicias eternas, á donde quereis conducir á todos los que os sirven y os aman de corazon.

CAPITULO XXI.

Cuán dulce es oir la vos de Jesus; y de la disposicion del alma para recibir sus instrucciones.

María habia gozado de la presencia de Jesus y de la dulzura de sus conversaciones durante los treinta años que permaneció con él en Nazaret.

Parece que María solo tenia que repasar en el silencio de su retiro las lecciones que habia recibido, sin que fuese necesario seguir á Jesus durante la vida evangélica.

Sin embargo, San Juan nos dice que



Maria *permaneció algunos dias con Jesus en Cafarnaum* para oir sus discursos.

Y los otros evangelistas nos la representan como *no pudiendo acercarse á Jesus á causa de la multitud* de gentes que le rodeaban para escuchar su doctrina: *deseaba verle y hablarle.*

El alma que ha gustado á Jesus una vez, no puede vivir sin Jesus.

Ha de haber oido su voz mil veces, y aun desea oirla otras mil. *Toda su alegria consiste en oir la voz del esposo.*

La tardanza de ver á su amado la entristece. Toda voz le importuna no siendo él quien la habla.

¡Cuánto le desagradan los discursos de los hombres porque solo la entretienen casi siempre con asuntos vanos! Solo las palabras de Jesucristo son para ella *espíritu y vida.*

Solo Jesus puede enseñarme en dónde se halla la sólida felicidad y la verdadera sabiduria.

Yo os seguiré, pues, divino Maes-

tro, *á cualquier parte que vayais*. Si no oigo vuestra voz en Nazaret, iré á oirla á Cafarnanm, hasta á la misma Jerusalem.

Pero en cualquier parte que yo me encuentre puede mi alma escuchar vuestra voz. Habladme, Señor. *Yo escucharé atento lo que el Señor me diga en el fondo del corazon. (David.)*

«¡Dichoso aquel á quien os dignais instruir y formar en la ciencia de vuestra ley, porque encontrará con qué dulcificar sus penas en el tiempo de la afliccion!"

(David.)

Vuestros ministros me hablan muchas veces de vos; los libros que leo con placer me hablan de vos; pero si vos mismo no me hablais, ¿qué impresion pueden causar en mí?

Todo lo que ellos me dicen es cierto, está lleno de ternura; pero si vuestra gracia no me habla con ellos, la verdad no se graba bien en mi mente y el corazon no se enternece.

CAPITULO XXII.

De la necesidad de sufrir al prógimo en espíritu de caridad y de dulzura.

Vírgen que aventajais en dulzura á todas las criaturas mas llenas de pureza, con vuestra conducta entre los ingratos y rebeldes judios, me enseñais á soportar las faltas y los vicios del prógimo.

Jesus curaba á los enfermos, dá la vista á los ciegos, resucita á los muertos, y no querian reconocerle por su salvador. Vomitaban contra él las calumnias y las injurias mas atroces, y hasta pedian su muerte.

Vos érais testigos de estos escesos, y siguiendo el ejemplo de vuestro divino hijo, solo teniais para ellos sentimientos é ideas de paz.

Como él teniais horror al pecado, pero siempre amábais al pecador.

Afligida por la afrenta que se hace á Dios y por la pérdida de las almas, no os quejais ni murmurais contra los in-

crédulos y los insensibles que le ofenden, sino que pedis por ellos.

Os interesais eficazmente con Jesus por los pecadores y pedis su gracia para ellos.

Rogais en favor de ellos como habeis rogado por mí durante tantos años.

¡Ay de mí! que soy el mas infeliz y el mas ingrato de vuestros siervos; y vos sin embargo me aguantais y me alcanzais nuevos favores de Dios.

Madre del Dios de la paz, alcanzadme de Dios la gracia de *no afligir jamás á nadie con palabras deshonestas. (Eclesiástico.)*

¡Oh! vos, Vírgen pia, cuyo nombre y cuyas imágenes hacen nacer en el alma sentimientos de dulzura! pedid para mí esa virtud, ese espíritu de paz que nos hace merecer el glorioso título de *hijos de Dios.*

María.

Yo intercederé por tí, hijo mio; pero es menester que por tu parte correspondas á la gracia que Dios te concederá por mi mediacion.

Porque la gracia no quita las dificultades, pero ayuda á vencerlas.

Pesado te será alguna vez aguantar al prógimo por su carácter inconstante, por sus acciones estrañas y por sus ideas particulares; pero si eres dócil á la gracia ella te enseñará á aprovecharte de todo esto para conseguir méritos.

Los santos no siempre tenian ocasion de practicar actos heróicos de virtud; pero adquirian todos los dias nuevos méritos sufriendo al prógino.

La vida del cristiano es una serie de sacrificios, y el prógimo, con sus faltas, dá casi sin cesar ocasiones de satisfacer á Dios alguna cosa.

Todos los hombres han pecado y pecan todavía en muchas ocasiones. Pues bien, soportar al prógimo en espíritu de penitencia, es un gran medio de espiar los pecados.

Además, hijo mio, todo hombre tiene defectos; y el hombre mas perfecto es el que menos tiene.

Tú encuentras defectos en tus hermanos; y ellos encuentran en tí: ellos te

aguantan con tus defectos ; justo es que tu los aguantes tambien á ellos.

Para soportar á tu prógimo emplea esa paciencia de que siempre has tenido necesidad para soportarte á ti mismo.

Ya hace tiempo que procuras corregir tus defectos, pero no lo has conseguido todavía á pesar de todos tus esfuerzos; ¿cómo, pues, llegarás á corregir los de los demás?

Todas las quejas que exhalas contra las penas que te causan algunas personas enojosas, ni servirán para que se corrijan ni conseguiran nada.

En esta clase de penas el único recurso que te queda es pedir á Jesus su apoyo para aprovecharte de ellas, para que te sirvan de prueba y para que te fortalezcan en la virtud.

CAPITULO XXIX.

De los signos de la verdadera santidad.

Una muger esclamó un dia en presencia del Salvador : *¡Dichoso el seno que*

os concibió y los pechos que os alimentaron!

Dí mas bien, replicó Jesus; dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.

Jesus dió á entender con estas palabras, que la dignidad de Madre de Dios no es lo que mas distingue á María, sino que se distinguió mas por su constante fidelidad en todos los deberes de la religion.

Que lo que contituye su mérito no son las grandezas de su maternidad respecto á Dios y á un Dios único, sino la santidad que alcanza delante de Dios por su correspondencia y por sus obras.

Lo que Dios hace por nosotros no es precisamente lo que nos hace merecer sus recompensas, sino lo que nosotros hacemos por Dios.

El buen siervo de quien habla el Evangelio no hace consistir su mérito en haber recibido *cinco talentos*, sino en haberlos empleado bien, haciéndolos producir.

La gloria mas grande de un cristiano

consiste en conocer y observar la ley de Dios.

Tú con razon te glorias de la cualidad de hijo de Dios que has recibido en el bautismo, pero no olvides que si no sostienes esa cualidad con la santidad de tu vida, no alcanzarás un lugar entre los santos.

Entre los bienaventurados hay muchos que han tenido éxtasis y trasportes, mas no por eso debes envidiar su suerte. Pero todos han sido fieles, constantemente fieles á la voluntad de Dios, y en esto debes esforzarte por imitarles.

Judas, segun las apariencias. era fiel á Jesus, y sin embargo lo entregó en manos de sus verdugos.

San Juan Bautista no tuvo éstasis ni arrobamientos, y no obstante el Hijo de Dios le dá en el Evangelio los mas escelentes elogios.

La estimacion de los hombres puede ganarse sin la santidad de la vida, pero el aprecio de Dios no se gana sin esta cualidad.

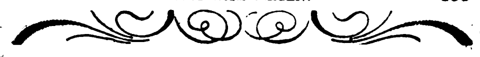
No se puede ser justo mientras no se

practiquen obras santas, y éstas serán para nosotros lo mismo que fue para María, el verdadero fundamento de nuestra gloria.

Dios no ha ligado tu eterna felicidad á ventajas estraordinarias de la naturaleza ó de la gracia, sino que te ha hecho, por decirlo así, dueño de tu destino haciéndole depender de tí despues de él.

¡Oh Dios mio! « El que marcha por el camino de la inocencia y llena todos sus deberes, será digno de permanecer en vuestro tabernáculo eterno." (*David.*)





LIBRO 3.°

EN DONDE SE CONSIDERAN LA VIDA Y VIRTUDES DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN DESDE QUE VIÓ A SU DIVINO HIJO DAR SU SANGRE Y SU VIDA EN EL CALVARIO HASTA EL DIA DE SU ASUNCION.

CAPITULO I.

El que ama á Jesus debe subir al Calvario con Jesus y sufrir con él.

Maria.

JESUS sube al Calvario. Ven, hijo mio, que nos invita á subir con él. Si tu le amas, no le abandonarás.

¿Será digno de Jesus tu amor si le abandonas en medio de sus dolores, mientras todos los hombres le desconocen y le ultrajan?

No podemos darle ningun socorro,

pero almenos tomaremos parte en sus sufrimientos mezclando nuestras lágrimas con su sangre, y tendrá el consuelo de ver que estamos dispuestos á sufrir por su amor todo lo que nos mande.

El siervo.

Vírgen generosa, ¿no puedo manifestar mi amor á Jesus sin seguirle al Calvario y sufrir con él?

En la calma y tranquilidad de que gozo, ¿no puedo servir á Dios con fidelidad?

Maria.

Jesus ha dicho: — « El que no lleva la cruz y no me sigue, no puede ser discípulo mio.''

Fácil es dar pruebas de amor á Jesus en el tiempo de la paz; pero no puede apreciarse bien la solidéz de este amor sino en medio de la tempestad.

La Sagrada Escritura habla de un crisol en donde el amor se prueba, en donde el amor se purifica. Este crisól está en el Calvario.

No seas, hijo mio, del número de

los que dicen que aman á Jesus con todo su corazon, y despues no tienen bastante valor para velar con él una hora siquiera en el jardin de su agonia.

Jesus *solo por el camino de la cruz llegó á su gloria*, y tú no llegarás á esta gloria si no vás por el mismo camino.

Jesus vivió entre lágrimas; ¿podrás tú resolverte á vivir entre delicias?

No te creas dichoso en esta vida hasta que veas que Dios te coloca por tus sufrimientos en el número de aquellos *á quienes* ha predestinado para ser conformes á la imágen de su Hijo.

Un verdadero cristiano es un hombre *formado segun Jesus* sufriendo, muriendo y *muerto* sobre la cruz.

Ya ves cuán amable es Jesus cuando le consideras en medio de todos los sufrimientos que ha padecido por tu amor. Ama pues á lo que le hace tan amable, á esos sufrimientos de que te dá parte para que despues que le hayas seguido al Calvario le sigas al cielo.

CAPITULO II.

De la conformidad con la voluntad de Dios.

El siervo.

En la triste situacion en que me encuentro, recurro á vos, *Consuelo de los afligidos.*

Dignaos manifestarme cuál es el sentimiento que sobre todos debe ocuparme en medio de los males que padezco y á vista de los muchos que me amenazan.

Maria.

Tú encontrarás el consuelo que deseas en la plena y perfecta conformidad de tus obras con la voluntad de Dios, el cual ordena y regulariza todas las cosas para que resulten en mayor gloria suya y en beneficio de tu salvacion.

Cuando te se acerque la hora de la afliccion, cuando se apodere de tí, cuando continúe poseyéndote, cuando se aumente y cuando vaya seguida de otra,

dí y repite sin cesar: Dios mio, cúmplase vuestra santisima voluntad.

La idea de esta divina voluntad me fortificó y me consoló en el templo de Jerusalem, cuando Simeon me anunció que Jesus padeceria tantas penas y que yo vería mi alma traspasada por una espada de dolor.

Esta idea me consoló y fortificó en el Calvario cuando ví á Jesus clavado en la cruz y exhalar el último suspiro en medio de los tormentos mas crueles.

Como mi amor para Jesus era ilimitado, tambien lo fué mi dolor; pero mi resignacion era tan grande como mi dolor y mi amor juntamente.

Aleja de tu espíritu, en las adversidades, cualquier reflexion que no esté contenida en estas cortas palabras: *Dios lo quiere así.*

Cualquier otra reflexion solo puede aumentar la tristeza y hacer conocer mejor la intensidad de tu desgracia.

¡Cómo, hijo mio! cuando crées que Dios quiere una cosa, ¿te atreverás á decir que tú no la quieres?

Si un hombre guiado por la sabiduría no puede querer otra cosa que no sea el bien, ¿qué debes decir de un Dios infinitamente sabio?

Dios, verdaderamente, no quiere el pecado de los que contribuyen á tu afliccion, pero quiere tu afliccion para probarte.

Dios permite el pecado de tus enemigos para que sus resultados puedan santificarte.

David no miraba á Semeí como un objeto que le ultrajaba, sino que en él veia á Dios que se servia de aquel instrumento vil para humillarle y hacerle espiar sus pecados.

El mismo Jesucristo, hablando á sus apóstoles del cáliz de su pasion, no les hablaba de la ingratitud de los judios que se lo preparaban, sino de la voluntad de su padre que lo habia ordenado así.

En el huerto de las olivas decia á Pedro, quien aun no habia comprendido que un cristiano debe combatir con la paciencia y no con las armas: — ¡*Cómo*! ¿*no he de beber el cáliz que mi padre me ordena*?

No es esto decir que no puedas pedir ser librado de los males; pero si Dios quiere que bebas el cáliz, debes decir: *Padre mio, hágase no como yo quiero sino segun vuestra voluntad.*

Sí, Padre mio, gustoso me someto, puesto que vos lo quereis así.

No mireis la estrema repugnancia que esperimento al sufrir, siempre que redunde en mayor gloria vuestra y contribuya á la ejecucion de vuestros designios.

CAPITULO III.

De la paciencia.

¡Qué sufrimientos no debió esperimentar la madre del *Verbo hecho carne* cuando le vió convertido en el *hombre de dolores*, entregado al *poder de las tinieblas*, arrastrado delante de los tribunales, tratado como sedicioso, y herido por una soldadesca insolente!

¡Cuando le vió cruelmente azotado, coronado de espinas, condenado á muerte

con preferencia á Barrabás, cargado con el instrumento de su suplicio y rendido bajo su peso!

¡Cuando oyó los golpes del martillo que introducia los clavos en los pies y manos de Jesus; cuando le vió levantar en la cruz puesta entre dos ladrones, insultado de sus enemigos que gozaban de su muerte y le presentaban *vinagre mezclado con hiel* para refrescar su sed.

Y finalmente, cuando le vió exhalar sobre la cruz el último suspiro de la vida que habia tomado en su seno y cuando vió que un soldado le habia abierto el costado de un lanzazo para asegurarse de su muerte!

¿Y qué opuso María á tan crueles sufrimientos? La paciencia mas heróica. Ni siquiera salió de su pecho la menor queja.

María imitaba en el Calvario el silencio que Jesus habia guardado en presencia del gran sacerdote. Cercado de falsos acusadores, *no dijo una palabra*, porque en vano habiese hablado en defensa propia, y porque además no quería eludir

la sentencia de muerte, á la que se entregaba gustoso por nuestro amor.

Alma cristiana, defiéndete con humildad de tus enemigos cuando sea necesario; pero si no eres escuchada, recurre á la paciencia, pero á una paciencia cristiana, para que te sirva de consuelo.

Hay personas que tienen paciencia porque este es el mejor partido que pueden tomar, y sin él se atraerian mas pesares. Esta paciencia es absolutamente humana.

Hay otros que son pacientes porque adoran la mano de Dios que les hiere con la mano de los hombres, y saben que los discípulos de Jesus miran el fruto de la paciencia como la gloria eterna. Por eso quieren imitar á Jesus paciente en los males que le hacian padecer sus enemigos. Esta es la verdadera paciencia cristiana y la que tú debes tener.

Si llevas tu cruz sin paciencia te será mas pesada, y á la vez serás criminal y desgraciado.

La cruz es el camino del cielo. Por

eso todos los justos tienen tantas tribulaciones. (*David.*)

Pero ¿habrá alguno entre los cristianos semejante al criminal que murió al lado del Salvador blasfemando sobre su cruz, y que del mismo Calvario bajó al infierno?

Cuando murmuramos de las cruces que Dios nos envia, merecemos que Dios, para castigarnos, nos quite este medio de alcanzar la bienaventuranza.

Los santos han mirado el Calvario como el lugar mas propio para adquirir méritos.

Mas méritos se pueden conseguir en pocos dias por medio de la paciencia, que en muchos años dedicados al ejercicio de la piedad.

En los actos de piedad la vanidad y el amor propio suelen tener una parte, y disminuyen su valor. Pero en una vida de aflicciones soportadas con paciencia, todo es puramente para Dios.

Algunas veces parece que soportariamos con mas paciencia cualquier otra cruz que aquella que Dios nos dá.

Pero creeme, alma cristiana, cualquier otra cruz no seria aquella que te conviene; y tal vez la encontrarás más pesada que la que llevas ahora.

Si nosotros hubiéramos de escojer nuestra cruz, seguramente nos equivocariamos siempre en la eleccion.

El Divino Maestro sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Las cruces que nos hace llevar las mide á proporcion de nuestras necesidades, de nuestras fuerzas y de los designios que sobre nosotros ha formado.

CAPITULO IV.

Los mejores siervos de Dios tienen á las veces mayores sufrimientos.

¿No era demasiado para María, Dios mio, el tener que llevar por espacio de treinta y tres años en su espíritu la imágen de los tormentos que su Hijo debia sufrir un dia? ¡Aun era menester que fuese testigo de su muerte!

Vos no exigisteis, Señor, que Sara asistiese al sacrificio que Abraham debia hacer, por órden vuestra, de su hijo Isaac.

Pero ya lo comprendo, Señor. Era necesario que María, que debia ser un dia la Reina de los santos, entrase mas íntimamente que todos los santos en esta *sociedad de sufrimientos*, de que habla nuestro apóstol, y vos habeis establecido entre Jesus y los predestinados.

No debo, pues, sorprenderme de ver como se aumentan las aflicciones de los justos con su fidelidad en vuestro servicio.

Debo mirar las grandes penas que sufrieron á veces como beneficios que les haciais y como señales de vuestros favores.

Vos, Señor, recompensais lo que hacen por vos, con sufrimientos que los hacen cada vez mas semejantes al divino modelo que les presenta el Calvario.

Es una grande felicidad ser juzgado digno de participar de los sufrimientos de Jesus de una manera particular.

Todo discípulo que se asemeje á su Maestro será perfecto. Jesus, nuestro Maestro, cuya perfeccion debemos procurar adquirir, pasó por las mayores tribulaciones.

Pocas veces se ha observado que las personas eminentemente virtuosas, hayan dejado de pasar por alguna prueba terrible.

Si esteriormente aparece la calma y la paz en vuestros siervos, en vuestros fieles amigos, muchas veces sostienen una cruda guerra en su interior.

Si nó tienen que sufrir por parte de los elementos, sufren por parte de los hombres; y á falta de estos los espíritus de las tinieblas les harán verter abundantes lágrimas.

Pero al mismo tiempo progresan rápidamente en el camino de la perfeccion.

Aumenta su fé, adorando vuestra voluntad con una sumision siempre perfecta y reconociendo en vos un Padre sapientísimo que solo castiga á sus hijos porque los ama.

Su esperanza se aviva mas de dia en

dia. Agobiados de males, *¿qué pueden desear en el cielo ni amor sobre la tierra que no sea á vos, Dios mio?* (*David.*)

Su caridad está mas animada: el mundo los desprecia, y sus amigos los abandonan. Pero vos sois *el Dios de su corazon y su herencia para siempre.* (*David.*)

Yo he dicho muchas veces en medio de mis aflicciones que me parecia que vos no me amábais, Dios mio, y que me abandonábais.

Pero de hoy más diré: Demos gracias á Dios, porque esta adversidad es un presente de su amor.

Sus siervos fieles, sus amigos, sus santos, han padecido sufrimientos mucho mas grandes que los mios, porque son mas dignos que yo de sus atenciones y de sus beneficios.

Suframos con la paciencia y la resignacion de los santos para alcanzar la gracia de sufrir mas todavía.

CAPITULO V.

La repugnancia para sufrir no es una señal de falta de paciencia y resignacion. Es menester no perder el valor cuando se ha cometido alguna falta.

El siervo.

Reina de los mártires, yo reconozco siempre en mí una grande repugnancia para sufrir. En ciertas ocasiones, sobre todo, mi sensibilidad es estremada.

Maria.

La natural repugnancia no te hará indigno á los ojos de Dios. Es para tí un nuevo objeto de méritos si permaneces siempre sumiso á su voluntad.

Cuando se dice que los santos amaban los sufrimientos, no quiere decir que los amaban naturalmente.

En ellos gemia el hombre, pero gozaba el cristiano; la naturaleza resistia, pero el cristiano triunfaba de la naturaleza.

¿Piensas acaso, hijo mio, que mi sensibilidad no fué estremada sobre el Calvario?

Si cualquier madre es sensible á los males que padece su hijo, ¿cuánto debió serlo la madre de Jesus cuando le vió cubierto de oprobio y lleno de ultrages?

Era menester amar á Jesus tanto como yo le amaba para comprender entonces el esceso de mi dolor.

El mismo Jesucristo en el huerto de las olivas dejó que sufriese su corazon el temor de los tormentos y de la muerte.

No quiso que su Divinidad, que daba un precio infinito á sus sufrimientos, le quitase el sufrimiento.

Hijo mio, puesto que en tus aflicciones quieres lo que Dios quiere, como él lo quiere y del modo que él lo quiere, no te turbes por lo que pasa en tu interior á tu pesar.

Aun cuando tengas que ceder á la vivacidad natural, no por eso te desanimes, por que esto sería añadir á la impaciencia de la humanidad la impaciencia del amor propio.

El turbarse es un orgullo secreto, es una falta de perfeccion.

Tú eres débil y Dios conoce tu debilidad: eres un hombre, no un ángel.

El hombre no puede vivir sin cometer almenos alguna falta leve, aunque tiene una precisa obligacion de evitarlas todas.

Tú no has sido concebido como yo en la inocencia, ni libre por consecuencia de las debilidades propias de la humanidad.

Cuando cometas alguna falta pide perdon á Dios de tu infidelidad; prométele la enmienda; implora el socorro de su gracia, y vuelve á la paz redoblando la vigilancia sobre ti mismo.

Cuando tengas que acusarte de alguna falta, es necesario que imites la gracia de Jesus que acusa con fuerza al mismo tiempo que con dulzura.

La gracia quiere que te reconozcas culpable y que procures corregirte, pero no quiere que creas que todo está perdido por que puedes caer otra vez.

Hijo mio, cuando estés en la mansion de los santos, no pecarás. La debilidad no es propia de aquel lugar.

El siervo.

Reina de los santos, ¡cuánto tarda

esa hora feliz para librarme del temor de desagradar á Jesus, temor tan horrible aquí bajo para un corazon que le ama!

Mas ya que es necesario permanecer todavía en esta tierra miserable y triste, tan llena de enemigos y de escollos, asistidme con vuestra proteccion en todos mis pasos y en todos mis combates.

CAPITULO VI.

La consideracion de Jesus crucificado anima á sufrir con constancia.

El siervo.

Al morir Jesus, tembló la tierra, oscurecióse el sol, agitáronse los montes y toda la naturaleza se desconcertó.

Pero hay en el Calvario un objeto que llama mi atencion con preferencia á todas esas maravillas sublimes que le rodean.

Este objeto sois vos, María, virtuosa madre, á quién veo cerca de la cruz siendo testigo de los tormentos y de la



Ruega por mi, Madre dolorosísima!

A. Gabriel del.

muerte de Jesus, para hacer el sacrificio al Padre Eterno.

¿Cómo pudisteis sobrellevar tan singular espectáculo? ¿De dónde recibísteis tanto valor? Dignaos decírselo á un alma combatida por la afliccion desde que comienza á sentir el mas insignificante dolor.

¡Ay, de mí! yo aconsejo á los demás cuando se ven en la tribulacion, pero cuando yo me encuentro en ella, pierdo el valor y solo soy la misma debilidad.

Maria.

¡Qué firmeza y qué constancia no podria inspirarme la vista y el ejemplo de Jesus crucificado, cubierto de heridas, cuando desde la cruz solo proferia palabras de paz y pedia perdon para sus verdugos!

Yo le consideraba atentamente sobre su cruz. Yo penetraba en espíritu en su adorable corazon, y trataba de conocer todos sus sentimientos.

Yo aprendia de Jesus crucificado, que tan generosamente sacrificaba su vida por

los hombres en medio de los mas crueles suplicios, á hacer con generosidad á Dios el sacrificio de lo que mas caro me era sobre la tierra, del mismo Jesucristo.

Hijo mio, imita á tu madre; por que soy tu madre desde que Jesus, antes de morir, me declaró Madre de todos los cristianos en la persona del discípulo muy amado.

El siervo.

¡Ay, Madre mia! mis ingratitudes me hacen indigno de llamarme hijo vuestro.

Soy demasiado dichoso al ver que quereis sufrirme en el número de vuestros siervos.

Dignaos por piedad tener para mi las bondades de una madre que conserva siempre para su hijo sentimientos de ternura aunque el hijo no los merezca por su ingratitud.

Maria.

Hijo mio, escucha con atencion los consejos que tu madre va á darte.

Cuando te encuentres en la afliccion, sobre todo, cuando conozcas que tu valor desmaya, toma en la mano un crucifijo.

Separa de tu espíritu todas las reflecsiones que no sean hijas de este divino objeto.

Considera sobre la cruz al padre mas ultrajado, al amigo mas abandonado, al señor mas despreciado, al justo mas perseguido.

¿Podrás aun sorprenderte á su vista y quejarte de lo que te hacen sufrir los hombres?

Si tienes que sufrir algo por parte de los espirítus de las tinieblas, mira á Jesus sobre la cruz presa de todos sus furores.

Si en castigo de tus pecados te envia Dios alguna afliccion temporal, mira el estado en que Jesus se encuentra por apagar la cólera de su Padre, que sin los méritos de su muerte hubiese castigado tus pecados con penas eternas.

Cuando reflexiones mirando al crucifijo, que has sido rescatado con los dolores escesivos de un Dios, concebirás cuán justo es que el ama rescatada tenga por

los sufrimientos alguna semejanza con su Redentor.

Hijo mio, muy poco te pareces á Jesus en la virtud; tu crucifijo te dirá en la afliccion que es consolador, al menos parécerle en los sufrimientos alguna cosa.

Pero no te contentes con tener el crucifijo en las manos y considerarle únicamente; estréchalo en tu corazon.

Figúrate que estás sobre el Calvario y que te ha sido permitido abrazar los pies de tu Dios sufriendo y muriendo por tí.

Besa sus llagas sagradas y pídele por los méritos de su sangre que te dé la fuerza y constancia que tanto necesitas.

¡Ay, hijo mio! si sigues este consejo por vivos y agudos que sean tus dolores, pronto esperimentarás lo saludable que es.

CAPITULO VII.

Del amor de los enemigos.

María no podia tener enemigos mayores que los fariseos y judios que habian conspirado contra su hijo Jesus y que le habian hecho condenar á muerte.

Pero llena de los mismos sentimientos con que Jesus amaba á sus enemigos hasta el punto de dar su vida por su salud, decia con tanta sinceridad como Jesus: —*perdónales*.

Tambien puede decirse que todos nosotros éramos enemigos, puesto que nuestras iniquidades eran la causa de la muerte de su hijo.

Sin embargo, en el mismo Calvario y al pie de la cruz, recibe esos sentimientos de Madre para nosotros, y cuyos efectos reconocemos todos los dias.

Jesus y María, y á su ejemplo todos los santos, han cifrado su gloria en perdonar las ofensas. ¿Podian acaso equivocarse en el juicio que formaban de la verdadera gloria?



Mas estais, Dios mio, lleno de bondad para los ingratos y malvados. El placer de hacer mal al hermano que nos ha ofendido, ¿puéde igualar al placer de imitar la magnanimidad de nuestro Dios?

Cuando tengo la desgracia de ser enemigo vuestro, usais de misericordia para conmigo. ¿Y debo tener por bajeza hacer con mi prógimo lo que vos haceis conmigo?

Amar á los que me aman es una virtud que hasta los paganos practican; lo que distingue á un cristiano es el afecto sincero y real que profesa á los que le aman y aun á los que le hacen mal.

Pero, Dios mio, este es el fruto de una doctrina enteramente celestial; es el efecto de la gracia que os pido por los méritos de Jesus y de María, cuyos corazones eran tan dulces hasta para sus mismos enemigos.

Adorable corazon de Jesus, corazon amable de María, corazones tan buenos y tan generosos para los que han causado vuestras amarguras mas crueles, infundid en mi corazon toda la nobleza de vuestros sentimientos.

Cuando de hoy mas sienta yo nacer en mí los impulsos del ódio y de la venganza, uniré en espíritu mi corazon á esos sagrados corazones;

Y de este modo permanecerá unido, hasta que reciba los sentimientos de bondad y de dulzura de que están llenos.

CAPITULO VIII.

De la fe constante y viva esperanza en las circunstancias que parecen mas contrarias á la esperanza y á la fe.

Los apóstoles habian reconocido á Jesus por el *Hijo de Dios vivo*, pero al tiempo de la pasion, infieles á la confesion de su fe, la disimularon y *huyeron*.

No lo hizo así María. Aunque estaba su corazon hecho un mar de dolor, siguió á Jesus hasta el Calvario.

Y allí, al pie de la cruz, le reconoció por su Redentor y esperó su resurreccion sin la menor duda de que llegaria.

Despues de la muerte de Jesus, sus



discípulos, dos al menos de quien habla San Juan, solo tenian un resto de esperanza de ver cumplida la prediccion de Jesus.

Pero María, sin la menor turbacion, perseveró creyendo y esperando firmemente que Jesus, á quien ella misma habia visto morir en el mayor oprobio, resucitaria como habia dicho, y que, lleno de gloria, someteria el mundo entero á su Evangelio.

La fe de María, resuelta en los principios y sostenida en las pruebas, debe servirnos de guia en la nuestra.

Hagamos, á su ejemplo, una profesion clara, y estemos dispuestos como ella á dar, si es menester, por conservarla, nuestros bienes, nuestro honor y hasta la misma vida.

Si los impios, de los que el mundo está lleno, no te dan ocasion de declarar tu fe en alta voz, al menos el enemigo de tu salud eterna siempre está procurando quebrantarla con las dudas que te sugiere sobre las verdades eternas reveladas por Dios.

Escudado con la fe, lucha con valor y el padre de la mentira huirá lejos de tí.

No examines sus sugestiones, pero no tardes á desechar en presencia de Dios las dudas que arroja á tu imaginacion el espíritu maligno.

Con esta confesion pronta, espontánea, síncera y generosa, se aumentará tu fe y adquirirá mayor fuerza.

Proponte por regla de esperanza generosa y perseverante la esperanza de María y saldrás victorioso de la tentacion, de la amargura y de todo estado de tristeza en que puedas caer.

En los tiempos calamitosos en que el alma, lejos de dejarse abatir, se sostiene con la esperanza cuyo fundamento es la fidelidad de Dios en sus promesas, es necesario que se sostenga siempre fiel.

Implora el socorro de Dios, y no dudes que su misericordia te sacará de todos los peligros y que te protejerá hasta el fin para mayor gloria suya y provecho de tu alma.

Dios permite que llegues á veces á un estremo terrible para que conozcas

mejor cuanto puede una viva esperanza en él, y para manifestarte el amor paternal que te profesa.

La virtud probada gana mejor el corazon de Dios que la tierna devocion.

CAPITULO IX.

Cómo debemos soportar la pérdida de las personas queridas.

Jesus espiró. ¡Cuán largo debió ser para María el tiempo que trascurrió desde la muerte hasta la resurreccion de Jesus!

Jesus espiró. María perdió al hijo mas amable y mas amado.

Ni la tristeza de David por la muerte de Absalon, ni los gemidos de *Raquel que ha perdido á sus hijos*, pueden darnos una idea exacta del estado triste y doloroso en que María se encontró cuando no veia á Jesus ni escuchaba su voz.

Pero María, al perder á Jesus, no perdió su virtud. Su fé, su esperanza y

su resignacion fueron su sosten y su consuelo.

¡Oh! vosotros los que llorais la pérdida de algun hijo, de una esposa, de un amigo tierno y leal, dad rienda suelta á vuestro llanto!

José lloró sobre la tumba de su padre Jacob; y San Agustin vertió un torrente de lágrimas sobre el sepulcro de Mónica, su madre.

Pero aprended de María, que ha perdido á Jesus su hijo y con él su tesoro y todo su consuelo, como debeis soportar vuestra tristeza y enjugar el llanto.

Tú amabas á esa persona que te ha robado la muerte; pero ¿la amabas hasta el punto de cifrar en ella toda tu felicidad?

¿La amabas mas que á Dios que ha permitido esa separacion por razones que debes adorar?

Sin duda la amabas demasiado: tu amargo llanto, tan abundante, tan sincero, da una prueba.

¡Quién sabe si aquella persona seria un obstáculo para tu perfeccion y aun

quizá para tu salvacion eterna! ¡Quién sabe si al llevársela Dios habrá hecho desaparecer aquel obstáculo!

Bendice su misericordia; aprovéchate de esta afliccion para no unirte á nada que sea de este mundo. Unete solo á aquel bien que los años no destruyen.

O si en lo sucesivo amas á alguna persona en Dios, ámala solo porque Dios te permite amarla. Ama á Dios en ella y ama á ella en Dios.

Cuando se ama de este modo, siempre está uno dispuesto, por mas que cueste á la naturaleza, á separarse del legítimo objeto de sus afecciones cuando Dios lo ordena.

El dia del sacrificio gime el corazon y los ojos vierten llanto, y no obstante queremos lo que Dios quiere; y la idea de esa divina voluntad que cumplimos modera las lágrimas y los gemidos.

CAPITULO X.

El consuelo viene despues de la tribulacion, y es menester saber sufrir sin consuelo.

El siervo.

Alégrate, Reina del cielo, pues el hijo que has merecido llevar en tu seno, y cuya muerte te habia costado tantas lágrimas, ha resucitado como habia prometido.

Goza en paz las íntimas comunicaciones que va á tener contigo hasta el dia que suba al cielo.

Justo es que participes mas que cualquier otra persona de la alegria de su resurreccion, porque tú has participado tambien mas que cualquier otra persona de los oprobios de su pasion.

Maria.

Hijo mio, Dios está con sus amigos en la tribulacion para fortificarlos con su gracia y hacer que el consuelo suceda á la afliccion, la paz á la guerra y la dulzura á la amargura.

Escucha al profeta que dice, «que Dios ha repartido el consuelo en su alma á proporcion de las aflicciones que le ha enviado," (*David.*)

«El Señor, dice el mismo Rey profeta, abandona alguna vez al justo á la tempestad, pero al fin le hace encontrar la calma."

El siervo.

Beatísima Vírgen, vos conoceis los males que padezco hace ya tanto tiempo, y no veo que les suceda el consuelo.

María.

Hijo mio, no te complazcas en los consuelos sensibles, pero ten el sólido consuelo de pensar que la tribulacion te hace semejante á Jesus y te guia por el camino del cielo.

El consuelo tras la tribulacion está dispuesto por la providencia de modo que, Dios deja algunas veces que sufran sus siervos sin que gusten esas dulzuras de que hablas.

¡Cuántos santos hay que han pasado

por áridos desiertos sin hallar ni una sola gota de este rocio!

Los amigos de Jesus no deben parecerse á los amigos de la tierra, que no se toman ningun trabajo por sus amigos si no esperan ser recompensados al momento.

Descansa siempre en la providencia, y cuando necesites el consuelo ó te sea útil, le tendrás sin falta.

En medio de los males que te rodean te sostiene la gracia de Jesus: su gracia te basta.

Los santos que Jesus ha dejado sufrir sin consuelo sensible, tenian algun consuelo en la misma falta de consuelo, porque sabian que su amor entonces era mas noble y mas puro.

Espera algun tiempo todavía; espera el efecto de las promesas que Jesus ha hecho á los que sufren, pues en el cielo te prepara con abundancia todas las dulzuras y todos los bienes.

Además, hijo mio, un pecador como tú, ¿puéde pedir ser consolado?

El mayor consuelo para un pecador

penitente consiste en pensar que sufriendo sin consuelo espia bien sus pecados.

CAPITULO XI.

En donde está nuestro tesoro está nuestro corazon.

Despues que Jesus dejó la tierra, los pensamientos de María, sus miradas, sus afecciones se dirigian sin cesar al cielo.

María envidiaba la suerte de los ángeles y de los santos que gozaban de la presencia del *Amado*, les rogaba le dijeran cuán penosa le era su ausencia.

¿Qué podia presentarle el mundo que fuese de su agrado? Cuando amamos á Jesus no podemos amar á otra cosa que no sea á él.

El que llega á formarse sobre la tierra un tesoro de la gracia y amistad de Jesus, no tiene otra tristeza que la de verse privado de gozar de su presencia.

Esperando la muerte que debe unirnos á este objeto divino, le dirigimos continuamente como María, las aspiracio-


Ruega por mi; Madre y Virgen purísima, concebida sin mancha de pecado.
A. Gabriel del

nes de un corazon que le busca, que le desea y que no vive porque no le ve.

«¡Quién tuviera alas como la paloma! levantaria el vuelo y volaria á colocarme cerca de vos," Salvador mio, para gozar del reposo.

¿Cuánto tiempo tardará en llegar esta dicha? El Esposo de mi alma ¿tardará mucho á decir: *ya vengo á dar fin á tus miserias?* (*Apocalip.*)

El Esposo, dice: venid. Sus gemidos, sus suspiros responden sin cesar: *Así sea: venid, Jesus, Señor mio.* (*Apocalipsis.*)

Si no puedo veros pronto, al menos os amaré siempre. Mi amor será mi consuelo mientras dure mi destierro.

¡Lejos de mi corazon todo amor que no sea hijo de vuestra gracia! ¡Gracia de mi Dios, enciende en mi corazon cada vez mas el fuego divino, y haz que este divino fuego me consuma pronto!

Hay, sin embargo, Señor, otro amor que puede caber en mi corazon juntamente con el vuestro; este es el amor de María.

Si os amo, Señor, debo amar tambien lo que vos amais; yo debo amar con especialidad lo que vos habeis amado especialmente; María ha sido mas amada de vos que todos los ángeles y todos los santos.

Yo doy á Jesus mi corazon entero con todas sus afecciones, porque es el Señor mas amable, mas digno de ser servido; porque es mi Salvador, porque es mi Dios.

Despues de Jesus lo doy á María, porque es la madre de mi Dios, porque es la Vírgen mas santa y la mas digna de los homenages de toda la tierra.

CAPITULO XII.

Medios de hacer descender sobre nosotros el Espíritu Santo.

Jesus habia prometido enviar el Espíritu Santo: María, para recibirle, se retiró con los Apóstoles al cenáculo.

Solo en el silencio y en el retiro quiere comunicarse el Espíritu Santo.

María estaba *llena de gracia*; pero por muy abundantes que sean en un alma las influencias del Espíritu Santo, esta alma todavía puede recibir mas.

Tú has recibido un grande número de gracias de Jesus, porque has sido su siervo fiel. Todavía te reserva mas. El tesoro de los dones de Dios es inagotable.

María y los Apóstoles oraban en el cenáculo. *Oraban constantemente.* Oraban ardientemente.

El Padre celestial dará buen espíritu á los que se lo pidan. Pero tan grande bien merece sin duda ser pedido con ardor, y que se hagan reiteradas instancias para obtenerlo.

Espíritu divino, yo reconozco con mi arrepentimiento que mis infidelidades á vuestras inspiraciones me hacen indigno de vuestros beneficios.

Pero hoy, la plegaria que os dirijo para que no me los reuseis, va unida á la que os dirigia María desde el cenáculo para obtener el aumento de vuestros beneficios. Mi ruego os será agradable y vos me sereis propicio.

Venid, espíritus de caridad; apagad las llamas de la concupiscencia que arden en mi corazon y le vuelven insensible á las llamas del divino amor: haced que este amor sea para mí como fue para María, el alma de todas las acciones de mi vida.

Ven, espíritu de celo, dame ese ardor que tuvo María en hacer conocer, adorar y amar á su hijo Jesus.

Ven, espíritu de fortaleza, espíritu de consuelo, que sostuvisteis y consolasteis á María en las persecuciones que tuvo que sufrir la Iglesia naciente.

Fortaleced mi alma que teme el sufrimiento: enseñadme á santificar las penas de esta vida.

Penetradme con vuestras grandes verdades, pues sin el sufrimiento no hay verdadero amor para Jesus, y es absolutamente indispensable sufrir y combatir para vencer y ser coronado.

CAPITULO XIII.

De los dos principales ejercicios de la sólida piedad.

Los libros santos nada nos dicen de María despues de la venida del Espíritu Santo. Solo se sabe de ella despues de aquella época lo que han escrito algunos Santos Padres.

Nada diremos de su contínua oracion, de su mortificacion, de las instrucciones que daba á los Apóstoles, de las ocupaciones de su piedad.

Pero juzguemos de los nuevos grados de perfeccion á que debió elevarse hasta el último suspiro, por las eminentes virtudes que hemos considerado en ella hasta este lugar.

Juzguémosla por las gracias y dones que recibió del Espíritu Santo el dia de Pentecostés. María los recibió con mas abundancia que los mismos Apóstoles, porque ella sola estaba mas dispuesta que todos ellos.

El Evangelio nos dice que Ana, hija de Fanuel, siendo viuda, no salia del

templo, y servia á Dios dia y noche ayunando y orando.

¡Qué diremos de María, templo vivo y animado de Dios!

¡Qué diremos de los actos de virtud que practicó hasta el dia de su muerte, sobre todo, en lo que respecta á la oracion y á la mortificacion de los sentidos, del espíritu, del corazon, dos virtudes que son como los dos polos sobre los que gira la piedad!

En la Escritura vemos muchas veces unidas estas dos virtudes, y si nosotros tenemos tanta dificultad en practicarlas, es porque generalmente no sabemos unirlas.

La mortificacion dulcifica el espíritu y lo dispone para la oracion, y la oracion obtiene la fuerza necesaria para contener los sentidos bajo el yugo de la mortificacion.

Hijo mio, si no te mortificas, ¿cómo destruirás los obstáculos que la naturaleza opone para que la divina gracia obre en tí?

Si no haces con frecuencia uso de la

oracion ¿cómo alcanzarás el socorro del cielo de que tanto necesitas para combatir contigo mismo, para sostenerte en los combates y para perseverar?

«El que quiera seguirme, dice Jesus, que renuncie á sí mismo, tome su cruz todos los dias y que me siga."

«El que tenga necesidad de la sabiduría, añade por medio de uno de sus Apóstoles, pídala á Dios que dá á todos con abundancia, y le dará tambien á él."

La verdadera devocion consiste en este estado de mortificacion, de crucificsion, de gemidos y de oracion, porque en él se encierran las obligaciones mas esenciales del cristianismo. Y toda devocion que no tiende á este fin es una ilusion.

Porque el fondo de la piedad no consiste en sentir cierto consuelo y cierto gusto con relacion á las cosas de Dios.

La verdadera devocion, la piedad esencial consiste en una voluntad determinada al bien, pronta y fiel á la practica de las virtudes, sobre todo de aquellas virtudes que Dios pide de nosotros mas especialmente.

CAPITULO XIV.

Preparacion para la muerte.

Toda la vida de la Santísima Vírgen fué una continua preparacion para la muerte.

¡Qué méritos no adquirió en una vida de mas de sesenta años, ocupada enteramente en el egercicio del amor divino!

Su amor para Dios crecia de hora en hora, y se manifiesta tan perfecto en su muerte, que mas bien deja de vivir por un violento trasporte de amor que por el desfallecimiento de la naturalaza.

Y mirad á esta Vírgen consagrando á Dios todos los momentos de una vida que os ha dado, no para ser ricos sobre la tierra, ni para ser honrados con distinciones, ni estimados ni aplaudidos, sino para servirle y conseguir con su ayuda la corona de la inmortalidad.

Posee todas las riquezas del mundo, reina sobre todos los pueblos del universo: ¿Qué os quedará el dia de la muerte? ¡nada! pues lo tendreis que

abandonar todo por fuerza, sin remedio alguno.

El único bien que queda el dia de la muerte es el recuerdo de lo que se ha hecho por Dios durante la vida.

Aprended con el ejemplo de tantos cristianos que solo piensan en la muerte al fin de la vida y que mueren con el sentimiento de no haberse dedicado mas que algunos dias, algunas horas quizás, al grande asunto de su salvacion, por cuyo objeto no es mucho trabajar toda la vida.

El número de los insensatos es infinito. La mayor parte de los hombres son semejantes á aquel que se pone á hacer los preparativos de un viaje á la misma hora de partir.

Son como el criminal que insulta al juez al tiempo de ir á pronunciar su sentencia, ó como el que forma proyectos de diversion cuando le conducen al patíbulo.

Es necesario vivir pensando en la muerte, y asi no amaremos tanto la vida.

Es necesario vivir pensando en la eternidad que ha de seguir á la vida, y asi viviremos cristianamente.

Muchos hombres no quieren pensar en la muerte porque la temen demasiado. Pero el mejor medio de no temerla consiste en pensar en ella continuamente y asi estaremos preparados.

Considerad un momento que lo que hoy causa vuestro placer, el dia de la muerte será el objeto de vuestra tristeza, á menos que vuestro placer de hoy no consista en la práctica de la virtud.

Aprovechaos de los dias que Dios os concede todavía, para que el dia de la muerte tengais algun consuelo.

Tú, hijo mio, no puedes hacer que vuelva el tiempo pasado, pero aun puedes repararlo. Dios solo con este objeto nos prolonga la vida.

Ruega á la Reina del cielo dé gracias á Dios por tí, por el tiempo que todavía te concede para que te prepares á aparecer en su presencia. Ruégale te alcance la gracia de hacer buen uso de este tiempo.

Harás buen uso de este tiempo si practicas todas tus acciones como si cada una de ellas debiese ser la última de tu vida.

Egercítate con frecuencia en actos de fé, de esperanza y de amor, que son los que animan la vida del cristiano.

Pocos actos de virtud pueden hacerse en la muerte si no se han practicado durante la vida.

CAPITULO XV.

De las dulzuras de la muerte de los justos.

Es necesario comprender cuánto amaba Jesus á María para formarse una idea de las inefables delicias de que colmó su alma en el instante de morir.

Es necesario comprender cuánto amaba María á Jesus, para formarse una idea de los santos y vivos transportes de su alma al acercarse el dichoso momento que debia reunirla con él por una eternidad.

¿Qué temor podia tener esta Vírgen cuando pensaba que tódos los instantes de su vida habian sido para Dios, que solo habia estimado las cosas de Dios, y que no habia buscado sobre la tierra mas placer ni mas felicidad que la de ser cada vez mas agradable á los ojos de Dios?

Alma mia, si el dia de tu partida de este mundo quieres participar de las delicias, consuelos y dulzuras que tuvo María en la hora de su muerte, es menester que no fundes tu felicidad en los bienes de este mundo.

Quiero morir como los justos: tal es la plegaria de todos los cristianos. Para conseguirlo es indispensable vivir como los justos, y asi morirán como ellos.

No hay momentos mas terribles que los de un pecador moribundo. Los dolores que cubren su cuerpo no son los que mas le atormentan. Su espíritu le hace sufrir penas infinitamente mas crueles.

¡Qué desgracia! ¡qué desesperacion! por una miserable y pasagera satisfaccion, por un momentáneo y liviano placer, ha perdido los infinitos bienes que podia ga-

nar, y va á caer en un abismo de males que pudo haber evitado!

¡Cuán consolador es el estado del justo que al fin de una vida llena de peligros y sufrimientos goza del testimonio de su tranquila conciencia!

Ha pecado quizás durante su vida muchas veces y gravemente; pero no ha esperado la muerte para hacer penitencia por sus pecados.

El mismo sacrificio que hace de su vida con generosidad, sacrificio que une en espíritu al que en otro tiempo hizo sobre la cruz para salvarle el mismo Dios hecho hombre, es para él un grande objeto de esperanza en la infinita misericordia de Dios.

«Nunca pensé, decia al morir un grande siervo de Dios, que fuese tan dulce la muerte.»

El que se encuentra siempre dispuesto ningun temor esperimenta cuando se le dice: — *Ya viene el esposo, sal á su encuentro.*

En la hora de la muerte se estrecha con placer sobre el corazon y los labios

la efigie de Jesus crucificado, siempre que se le haya imitado durante la vida.

Jesus es el único objeto de nuestros deseos en la hora de la muerte, cuando durante la vida ha sido el único objeto de nuestras afecciones.

Si quieres morir con la confianza en Dios, vive en el temor y en el amor de Dios.

Vive sufriendo si quieres morir amando: vive con fervor si quieres morir con dulzura.

CAPITULO XVI.

De los santos deseos de la muerte.

El siervo.

Tierna madre del mas amable de los hijos, vuestro Amado se rinde al fin á las dulzuras de vuestro amor.

¡*Oh, tú á quien ama tanto el alma mia*, lo deciais vos sin cesar desde que dejó la tierra, *enséñame el lugar de tu roposo eterno*. (*Cantar*.)

Esa dichosa mansion se abre al fin para vos, Madre mia. Vuestros gemidos obtienen al fin el término de vuestro destierro, y entre los brazos de Jesus exhalais el último suspiro de un corazon penetrado de la mas ardiente caridad.

¡Ay de mí! un corazon penetrado y lleno de amor para Jesus, ¿qué puede desear sobre la tierra sino la posesion del mismo Jesucristo?

Puede uno consolarse un poco de su ausencia pensando que vive en su amor; pero ¡cuán largos parecen los dias de la existencia cuando se piensa en la dicha de su presencia que parece que tarda tanto en llegar!

Aun cuando todos los bienes de este mundo se me presentasen para hacerme el mas dichoso de los hombres, me parece que diria: «el mayor bien que puedo apetecer es morir y estar con Jesucristo.”

Estar con Jesucristo, Padre tan bueno, amigo tan tierno, Señor tan generoso y Salvador tan amable: gozar de su presencia y amarle siempre. Reina de los

santos, ¿puéde el mundo ofrecerme bienes comparables á éste?

¡Venga pronto para mí el reino de mi Padre, que es el cielo! !Rogad por mí, augusta Reina, para que cuanto antes sea yo testigo de esa gloria!

Es cierto que si por una parte deseo la muerte para ser dichoso con Jesus, por otra temo comparecer en el tribunal de mi Juez, y todavía temo mas los desesperados esfuerzos que hacen para perderme en la hora de la muerte los enemigos de la eterna salvacion.

Pero confio en la infinita misericordia de mi Salvador, y espero en vuestra intercesion, Vírgen pia.

María.

Sí, hijo mio, espera, espera firmemente. Si Jesus es un juez temible, es tambien un juez lleno de bondad.

Conserva en tí el temor de sus juicios, pero la esperanza y el amor sobresalgan por encima del temor.

Teme, pero ama con mas fuerza. De ningun modo podrás manifestar mejor

tu amor á Jesus que deseando verle pronto en medio de sus triunfos y salir pronto de un lugar en donde es tan fácil separarse de la fidelidad que le debemos todos sus hijos.

Si tu corazon está lleno de estos sentimientos, hijo mio, ten por seguro que Jesus te defenderá de tus enemigos el dia de tu muerte.

Yo misma imploraré para tí su socorro, porque en todos tiempos velo por mis hijos, y sobre todo en la hora de la muerte.

CAPITULO XVII.

De la gloria del cielo.

El siervo.

Reinad, María, en el cielo, sobre los patriarcas á quienes aventajais en fidelidad: sobre los profetas y los apóstoles, cuyo celo habeis sobrepujado.

Reinad sobre los mártires, cuya constancia habeis aventajado: sobre las vír-

genes, cuya pureza habeis sobrepujado.

Reinad sobre todos los justos porque fuísteis mas humilde que todos; sobre los ángeles, porque les ganais en obediencia: sobre los serafines, á quienes adelantais en amor.

Reinad sobre los santos y todos los espíritus bienaventurados. El Señor os ha instituido soberana de todos.

Yo os admiro y os reverencio sobre el refulgente trono en donde estais sentada. y en donde por vuestro poder para con Dios sois el asilo de los pecadores, el sostén de los justos, la esperanza de los afligidos y el socorro de todos los pueblos de la tierra.

Yo bendigo al Señor por la inmensa gloria que os ha dado, y porque ha querido que vuestro cuerpo goce de ella aun antes del dia de la resurreccion general.

Justo es que un cuerpo tan casto, en donde el mismo Dios se dignó hacerse hombre, quedase exento de la corrupcion de la tumba.

Justo era que el verdadero Salomon introdujese al fin con pompa y magnifi-

cencia en la Sion de los santos el *Arca* de la nueva alianza.

¡Cuándo podré cantar vuestras alabanzas con los ángeles y santos, contemplaros como ellos y admiraros en el esplendor de vuestra inmensa gloria!

¡Cuándo podré daros de cerca el testimonio de mi amor y de mi reconocimiento por los beneficios que me habeis obtenido de Dios todos los dias!

El mayor de los beneficios que puedo esperar todavía de vos es el de que rogueis á vuestro hijo me deje participar de vuestra gloria en el cielo.

Maria.

Hijo mio, tú participarás de esta felicidad, si imitas hoy mi fidelidad.

Porque la inmensa dicha de que gozo en el cielo no es un puro favor que Jesus ha querido hacer á su Madre. Yo por mi parte he trabajado para obtenerla, correspondiendo en cuanto ha dependido de mí á los beneficios de Dios y á los grandes designios de santificacion que sobre mí habia formado.

Trabaja tú tambien cuanto puedas para conseguir estos bienes celestiales, tan escelentes, hijo mio, y tan superiores, que sea cual fuere el precio á que los compres, siempre podrás decir que los has alcanzado de balde.

Piensa á menudo que se trata de una gloria que recompensa infinitamente todos los sufrimientos y desprecios; de un tesoro que recompensa infinitamente de todas las miserias del mundo.

No olvides que se trata de un reposo que recupera sin límites todos los trabajos, y de un consuelo que llena inmensamente todos los sufrimientos.

El siervo.

¡Ay, Madre mia! Gimo en este valle de lágrimas cuando considero cuán fácil es perder esa felicidad para que fui creado.

Reina del cielo, Madre de misericordia, vos que sois despues de Jesus nuestra esperanza y la vida de nuestra alma, apartad de mí con vuestra proteccion tanta desgracia. Presentadme á vuestro hijo Jesus despues de este destierro.

Si la uncion sola de su gracia es un placer casi celestial, y hace conocer al alma sus dulzuras, ¡cuánto placer no se sentirá al verle y poseerle enteramente!

CAPITULO XVIII.

Sentimientos de confianza en María durante la vida.

Santísima Vírgen, los enemigos de mi salvacion me rodean; quieren perderme. Defendedme de sus ataques, alcanzadme la victoria, madre mia!

Hija del Dios de los egércitos, si haceis conocer vuestro poder á mis enemigos, al momento huirán delante de mí.

Madre del que refrena á los vientos y encadena las tempestades, decidle una sola palabra en mi favor y recobraré la tranquilidad.

Esposa del espíritu de luz y de fuerza, hacedme conocer y emprender con valor los medios de vencer á mis temibles enemigos.

Yo me arrojo en vuestros brazos co-

mo se arroja el niño entre los brazos de su madre cuando tiene miedo.

Aunque soy tan pecador y tan miserable, Jesus quiere que me mireis como hijo vuestro. Ahora es tiempo de hacerme ver que teneis para mí sentimientos de madre.

Os pido esta nueva gracia, Madre mia, no por mi amor, que por sí solo no merece ninguno de vuestros cuidados, sino por el amor que profesais á vuestro hijo Jesus.

Los pobres, en sus necesidades, buscan á los ricos; piden y alcanzan; y vos, soberana del cielo y de la tierra, ¿dejaréis sin efecto los ruegos de este indigente que solicita hoy vuestras bondades?

Al pedir para mí la gracia de no caer en los lazos que me tiende el espíritu maligno, pedid tambien y alcanzadme la gracia de llorar mis pasadas iniquidades.

Alcanzadmelo todo junto, y el cumplimiento del deseo que tengo de servir á Jesus únicamente, y el dolor del crímen que he cometido sirviendo al mundo que es su enemigo.

No me mireis por lo que soy en mi mismo y por mis pecados, sino por lo que valgo con relacion á la preciosa sangre que vuestro hijo Jesus derramó por mí.

Jesus es nuestro mediador cerca de su Padre, y vos sois nuestra mediadora cerca de Jesus.

El nombre de Jesus es el único en virtud del cual debemos salvarnos. Pero el nombre de María invocado con confianza es un nombre en virtud del cual alcanzamos de Jesus los mayores beneficios.

Jesus quiso que vos fueseis testigo de su muerte en el Calvario, para que heredando sus sentimientos por los pecadores pidiéseis misericordia para ellos.

¡Cuántos pecadores gozan hoy de la gloria del cielo, que serian pasto de las llamas del infierno si vos no hubiéseis intercedido por ellos! Pedid para mí la gracia de la penitencia que les habeis alcanzado.

Jamás habeis reusado escuchar los ruegos de un pecador que reconociendo

la enormidad de sus ofensas á Dios, ha recurrido á vos buscando el perdon.

¡Qué gloria para vos, Vírgen purísima, refugio de pecadores, que Dios haga depender en cierto modo de vuestra mediacion el perdon de tantos criminales!

El perdon que deseo, obtenido por vuestra intercesion, aumentará esta gloria.

Madre mia, si alcanzo por vuestra intercesion el perdon de mis pecados y la salud eterna, mi alma amará siempre á Jesus y le alabará y bendecirá con vos en la eternidad.

CAPITULO XIX.

Sentimientos de confianza en María para la hora de su muerte.

Madre del Redentor, purísima María, me encuentro en los últimos momentos de mi vida, é imploro con mas instancias que nunca vuestro socorro.

Me hallo colocado entre el paraiso y el infierno. ¡Ay de mí! ¡cuánto no tengo que temer por mi salud eterna si vos no



En esto vienen á parar las glorias de este mundo.

A. Gabriel sc.

haceis uso en mi favor del poder que teneis para Jesus!

Jesus ha puesto en vuestras manos las gracias mas preciosas para repartirlas entre los hombres. Dignaos hacerme partícipe, Señora, que es el momento en que mas la necesito.

Ya comienza á abrirse el tribunal en donde debo dar cuenta de mi vida. Hablad por mí antes que yo aparezca. La madre de mi Juez me alcanzará una sentencia favorable.

Estrella de la mar, sed mi guia en medio de las tempestades que me amenazan en un próximo naufragio, y conducidme al puerto de salvacion.

Luz celestial, disipad las nubes que el espíritu de las tinieblas esparce en mi alma; deshaced la niebla que me rodea cuando pienso en los pecados que he cometido; alcanzadme un vivo y sincero arrepentimiento.

Modelo de todas las virtudes, encended en mi alma la fe mas viva; la esperanza con toda su fuerza, el amor con toda su perfeccion.

Yo os doy gracias por todas las bondades con que me habeis favorecido durante mi vida, aunque he sido tan indigno de ellas. Pero, ¿me negareis vuestro socorro hoy que mi confianza en vos es mas viva que nunca?

No, tierna madre, mas tierna que todas las madres de la tierra; no os apartareis de vuestro hijo moribundo, y le asistireis hasta que exhale el último suspiro.

Muero con sumision, porque Jesus ha ordenado mi muerte; pero á pesar del horror natural que tengo á la muerte, muero con placer porque muero bajo vuestra proteccion, Vírgen pia.

Pronto podré contemplar las grandezas, las perfecciones, la amabilidad y los triunfos de Jesus; pronto os admiraré sobre el trono refulgente de vuestra gloria.

Mi agonia se acerca; mis labios no podrán reclamar ya vuestra asistencia, pero mi corazon os hablará siempre.

Mil veces pronunciaré dentro de mi corazon los sagrados nombres de Jesus y María. Yo os pido, Jesus mio, mireis to-

dos los movimientos y suspiros de mi corazon durante mi agonia, como actos de amor para vos y para vuestra Santísima Madre.

Señor, tened misericordia de mi: no me atrevo á decir; *porque soy vuestro siervo*; ¡ay de mi! pues he sido un pecador muy ingrato, y no sé si tendré la dicha de doblegar vuestra justicia. Pero tened piedad de mí porque *soy el hijo de vuestra sierva.* (*David.*)

Vos me habeis concedido la gracia de tener toda mi vida una grande confianza en María. Gracias os doy, Señor, porque aumentais mi confianza en la hora mas crítica de mi vida.

Dios mio, *Dios de misericordia*, vos me concedeis una nueva gracia queriendo que me salve por la intercesion de esa purísima Vírgen que vuestra Iglesia nos enseña á invocar en todos tiempos y sobre todo en la hora de la muerte.



APROBACION.

Palacio Arzobispal de Valencia 26 *de Setiembre de* 1855.

Puede imprimirse: Lo decretó y proveyó S. E. I. el Arzobispo mi señor, de que certifico.—Felix Gomez, canónigo secretario.

Plantilla para la colocacion de las láminas.



INDICE.

LIBRO 3.º


BIBLIOTECA DE MONTSERRAT
13020100017118

